



SHEYLA  
DRYMON

DESÉAME

Recopilación relatos Eróticos

# DESÉAME

SHEYLA DRYMON

Recopilatorio de: Pasiones oscuras y Fantasías oscuras

© Noviembre 2014

© Sheyla Drymon

© Imagen de portada: Depositphotos

Todos los derechos reservados.

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.



# ÍNDICE

ESCRITORA DE DÍA, SEDUCTORA DE  
NOCHE DESEOS NAVIDEÑOS  
UNA DESPEDIDA DE SOLTERA INOLVIDABLE  
FANTASÍAS OSCURAS  
ADELANTO DEL LÍMITE DEL DESEO  
Agradecimientos de la Autora



# ESCRITORA DE DÍA, SEDUCTORA DE NOCHE

## 100 páginas.

Me quedaban 100 páginas para terminar la novela y el plazo que me concedió la editorial finalizaba en dos días.

100 malditas páginas.

—Imposible. No puedo hacerlo —murmuro con voz derrotada. Estoy sentada frente a la tintineante pantalla del ordenador.

Releo la última frase que escribí.

*“El dulzor de sus jugos era embriagador, adictivo”*

Tengo la historia en mi cabeza. Puedo verla como si fuera una película, pero soy incapaz de plasmar aquello que visualizo con tanta claridad.

Estoy estancada y ver que no avanzo ni una mísera línea, me frustra.

—Debo tomarme un descanso —me estiro, levantando los brazos por encima de la cabeza. Escucho como cruje mi espalda. Me siento como si me hubiera pasado un tren de mercancías por encima—. Tengo que hacer más ejercicio —además del zapping.

Dejo atrás el despacho y camino por el silencioso apartamento hasta la puerta de entrada. Ni siquiera me paro ante el espejo del recibidor para ver cómo estoy. Bien sé que puntas tengo.

El vaquero viejo que llevo puesto me queda grande, al menos 1 talla, y la camiseta que llevo a juego —que bien combinan, nótese ironía

—está desteñida— nota mental: dejar un posit agradeciendo a la vecina que decidió tirar lejía por el patio interior.

Cuando salgo de casa me encuentro de frente la puerta del ascensor, ¿así cómo se supone que voy a hacer ejercicio si hasta el propio edificio se pone en mi contra?

Resisto a la tentación y por primera vez desde que resido ahí, opto por las escaleras.

Cuando llego al portal, y estoy a punto de salir se me ocurre mirar mi reflejo en la cristallera que cubre una de las paredes de la espaciosa entrada.

—¡Oh, Dios! —exclamo consternada con la mirada clavada al suelo—. Menos mal que aún no he salido —susurro con las mejillas sonrojadas. Muevo uno de mis pies. Llevo puestas las zapatillas rosas con las que ando habitualmente por casa.

Esta vez presiono el botón del ascensor y espero ansiosamente —y rezando por dentro que no aparezca alguno de mis cotillas vecinos y me vea en zapatillas— a que se abran las puertas.

Diecinueve largos y bochornosos segundos, es lo que tarda el ascensor.

Nada más abrirse las puertas prácticamente salto hacia el interior del estrecho cubículo. Presiono el número de mi planta y me apoyo contra la pared, suspirando con alivio.

Lo reconozco, tengo baja autoestima, me daría vergüenza que me vieran con zapatillas de andar por casa — y ¡rosas! Si ya recorre por el edificio el rumor que soy ermitaña y medio loca, no quiero imaginarme que dirían de mí, las chismosas de mis vecinas.

Se detiene el ascensor. Estoy a punto de salir al creer que ya había llegado a mi planta cuando me encuentro cara a cara con Don Perfecto.

—¡Ah! —exclamo como una tonta, mirándolo boquiabierta.

—Buenas tardes —su voz produce que me recorra unos escalofríos, y no precisamente de frío—. Veo que regresas a casa.

Tierra trágame. Murmuro para mis adentros, al ver cómo su



mirada recorre con lentitud mi cuerpo. Cuando nuestros ojos se reencuentran, recuerdo que espera que le dé una respuesta.

—Eh... —espabila tía o va acabar pensando que tienes sólo tienes dos neuronas y una de ellas de vacaciones—. Sí, voy para casa. Aún tengo que escribir 100 páginas y el plazo se me agota.

—¡Oh! ¿Escribes? —mierda, soy imbécil. No quiero conversación. Sólo deseo salir de ahí, encerrarme en mi casa y maldecir al destino por ponerme cara a cara con mi sueño erótico, con el hombre que aparecía en mi mente cada vez que le gastaba las pilas a mi “Orgasmo de bolsillo”.

—¿Estás bien?

Al escuchar de nuevo su ronca (por Dios no hables más que me estoy poniendo mala) voz, le contesto finalmente:

—Sí, es que el calor me atonta, lo siento —y tenerte a menos de medio metro, me está alterando mucho—. ¿Qué colonia usarás? —no supe que esto último lo había dicho en voz alta hasta que le escuche decir:

—No uso nada. ¿Por? ¿Huelo mal?

¡No! Hueles a pecado, a pura tentación. Murmuré en mi mente, en cambio le contesté:

—No me hagas mucho caso. Llevo una semana que apenas duermo un par de horas al día —hoy es el día de las excusas, debo recordar marcarlo en el calendario.

El ascensor se detiene.

Esta vez sí es mi planta.

¡Sí! Chillo feliz por dentro.

Casi le atropello cuando salgo del ascensor. Al ver que he sido algo (¿Algo? ¡ja!) ruda me giro, le sonrío y me disculpo.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a hablar con extraños. Que tengas una buena tarde —Porque yo seguro que la tendré, en cuanto entre a casa buscaré en mi cómoda, en el segundo cajón a mi pequeña mascota, para aliviarme.

No espero respuesta, ni a que las puertas se cierren, doy media vuelta y busco las llaves de mi casa.

Abro la puerta y estoy a punto de entrar cuando unos brazos me atrapan desde atrás.

Suelto un chillido de sorpresa y temor, e intento liberarme, pero los brazos me aprietan más contra el caliente y duro cuerpo que me atrapó.

—Ahora que al fin te tengo entre mis brazos, no te voy a soltar.

Le reconozco. Es el protagonista de mis sueños eróticos.

—¡Suéltame! —consigo gritar, alejando el deseo que apareció en mi interior al sentirlo contra mí, al escuchar sus palabras.

Cuando sus labios se posan en mi cuello, me quedo sin palabras. El corazón me late desbocado y no puedo evitar que un gemido brote de mis labios.

—Llevo tiempo esperando a que te percares de mi presencia.

*¿Qué me percate de su existencia?* Pienso, con sorpresa. ¿Es que acaso era ciego? Si era el hombre más hermoso que había conocido en su vida. Perfecto. Absolutamente perfecto. Me sacaba dos cabezas, intensos ojos negros, labios que invitaban a lamer, morder y besar, brillante cabellera en la que enterrar los dedos cuando...

—¡No! —grito. Pero no por él, si no por el rumbo que está tomando mis pensamientos. Estaba a un paso de desnudarlo en mi mente.

Él me suelta. Al verme libre, maldigo por lo bajo. Extraño el calor de su cuerpo.

—¿No? —su voz suena seca. Forzada —Mis disculpas. No pretendía...

No le dejo terminar la frase. Me giro y me lanzo a sus brazos. La mueca de sorpresa que reflejó su rostro se evaporó en cuanto le besé. Mi lengua le lamíó, mis dedos se enterraron en su cabello, al tiempo en que me muevo contra él, pegando mi cuerpo al suyo.

Pura agonía.

Abrasador calor.

Deseo y placer.

Me separo para tomar aire. Sus labios están enrojecidos, no pude reprimirme, le mordisqueé con gula, tironeando levemente su labio inferior al que atrapé entre mis dientes.

—¡Más! —medio gimoteo, con voz exigente, ronca. Escucho los latidos de mi corazón, golpeando desbocados contra mi pecho.

Le deseo.

Ardo por él.

Don Perfecto sonrío. La sonrisa que muestra es pícara, seductora.

Le dejaré creer que es él quien lleva las riendas de aquel encuentro, pero soy yo quien le agarro del brazo y lo empujo dentro de mi apartamento.

Sin decir una palabra, le llevo hasta el salón.

—Espera —me dice cuando comienzo a desvestirlo, desabotonándole la camisa en medio del salón, a un paso del sofá.

No quiero esperar y ver que se aleja, quiero aprovechar el momento. Disfrutar de aquel regalo de los cielos. Los remordimientos, las horas sin sueño mientras rememore una y otra vez la locura que estaba a punto de hacer, llegaría más tarde. Ahora, sólo lo quería desnudo sobre ella —o debajo, como prefiriese.

—¿Y ahora qué? —ups, soné brusca. *Debo pulir mi trato con la gente, o mi fama de ermitaña chalada se extenderá por toda la ciudad.*

Don Perfecto se echa a reír.

—Quería proponerte que me indicaras dónde queda tú cuarto, pero si lo prefieres hacer en el sofá, no me quejaré.

Me quito la desteñida camiseta, que dejo caer al suelo.

—Espero que tengas condón, o no te la dejaré meter.

Lo veo boquear, probablemente sorprendido por mi crudeza. Debo recordar que en esos momentos no era Elise Dubrait, famosa

escritora de romántica erótica, si no Amanda Johnes, vecina iracunda que no hablaba ni se relacionaba con nadie del edificio.

Su risa me eriza el vello del cuerpo. Ronca. Grave. Con oscuras promesas de placer. Tal y cómo me la imaginaba.

—Eres un cielo, señorita Johnes, el sueño de cualquier hombre.

O su pesadilla. Pienso, al recordar a mi único amante, al que creí amar pero con el que descubrí que la traición destrozaba los cimientos de una relación, por mucho que escucharas juramentos y promesas de perdón.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto, sintiendo el amargo sabor de la duda. Él no la conocía de nada, sólo lo había visto un par de veces en el portal y nunca habían compartido más de 2 minutos de espacio.

Si se sorprendió por mi pregunta no lo dejó entrever. Sus labios seguían curvados en una abierta sonrisa y sus ojos brillaban, como si realmente disfrutara con aquella extraña conversación.

—Porque me pones duro cada vez que te veo —debo haber puesto cara de incredulidad, porque él continúa mientras se desabotona la camisa—.Tengo que luchar contra las ganas de aplastarte contra la pared, arrancarte los pantalones y hundirme en tu interior hasta explotar.

Debo anotarlo. Es muy bueno. Pienso coherentemente durante unos segundos, antes de que me bese y me empuje hasta el sofá. Jadeo cuando sus labios abandonan los míos.

Estoy sentada en el mullido mueble, él mientras tanto permanece de pie ante mí, entonces se arrodilla y me abre las piernas.

No puedo ni jadear, es lo más erótico que he visto en mi vida. Me quita los vaqueros.

Suerte que hoy me puse las braguitas sexys, y por lo que veo y escucho —el gruñido que soltó se escuchó por todo el cuarto —, le gustaron, pero no tardan en acompañar al vaquero en el suelo.

No me dice nada. Ni hace falta. En esos instantes sólo quiero sentir.

Cuando su lengua me roza el clítoris, suelto un gemido agudo, que se escucha con claridad.

Oh, joder, sí.

Su lengua lamiéndome, recorriendo cada centímetro de mi coño, encendiéndome.

Intento acallar mis jadeos, pero cuando hunde dos dedos en mi interior, me olvido de todo. De la Editorial, de mi editor, de las chismosas de mis vecinas...

El calor crece en mi interior, extendiéndose hacia mi vientre. Muevo las caderas siguiendo instintivamente los lánguidos y expertos movimientos de sus dedos.

*¡Más!* Grito por dentro. Quería más. Necesitaba más. Llevaba tiempo sin sentir el peso del cuerpo de un hombre sobre mí, moviéndose con cruda necesidad, hasta que nos transportábamos al cielo.

Ya lo notaba cerca. El intenso cosquilleo, el calor concentrándose en mi vientre, la fina capa de sudor cubriéndome. Estaba a un paso de lanzarme al vacío, de saborear el orgasmo.

—Para —al ver que no me hacía caso, grité—. ¡Detente! — así lo hizo. De rodillas ante mí, me devuelve la mirada con expresión confusa.

—¿Qué sucede? ¿No te gusta?

*¿Qué no me gusta?* Repito en mi mente. Ahora el que tiene baja autoestima resultó que es él, pues el mejor sexo oral que he tenido en...Intento recordar si alguna vez he disfrutado con el sexo oral pero no recuerdo ninguna ocasión.

—Sí que me gusta —demasiado —pero quiero terminar contigo dentro —no me reconozco, mi voz sonó grave, exigente.

Pero parece que a él ese tono de "hazme caso o no hay trato" no le molesta. Me sonrío y se levanta del suelo, sin pronunciar palabra. Le devoro con los ojos, él lo nota. Se quita la camisa y se desabrocha el pantalón.

Durante unos segundos me quedo sin respiración. Él se baja algo el pantalón, mete la mano dentro de su abultado calzoncillo y...

—¡Oh, Dios! Es enorme —Don Perfecto se ríe. Lo he vuelto a hacer, dije en alto lo que pensaba.

—Y toda tuya, nena.

—No sin condón —canturreo, echándome hacia atrás, levantando los brazos por encima de mi cabeza.

Él suelta una carcajada al tiempo en que veo que se acaricia su larga y ancha polla con una mano, mientras que con la otra rebusca en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Suerte la mía, que siempre llevo uno encima.

Deshecho los celos que siento. No tienen justificación, él no es nada mío, sólo compartimos los gastos de comunidad.

—Sí, que suerte —él alza una ceja. Que no haya sonado a celos, que no lo haya hecho.

Don Perfecto opta por no comentar nada. Un punto extra para él.

Abre el pequeño paquetito y retira el condón. Se lo comienza a colocar lentamente.

—Exhibicionista —susurro, siguiendo el lento recorrido de su mano que rodea su verga, mientras extiende el preservativo, cubriéndole completamente como una segunda piel.

—No sabes cuánto, ricura —me asegura, volviendo a ponerse de rodillas ante mí.

Sus palabras prometían el cielo, pero no iba a caer. Siempre he vivido el presente. Aquel encuentro sólo era un revolcón. Me picaba y él me iba a rascar. Sólo eso.

Cinco segundos.

Es lo que tarda en embestirme, metiéndomela hasta el fondo, llegando allá donde nunca antes fui acariciada.

Cierro los ojos y arqueo el cuerpo, disfrutando intensamente de aquella unión.

Comienzo a gemir sin control cuando inicia los candentes movimientos de cadera. Lento y suave. Sin llegar a salir del todo de mi interior. Rápido y con movimientos secos, saliendo completamente,

hundiéndose hasta que sus pelotas golpetean mi entrada.

Segundos, minutos. El tiempo corre lentamente, y el placer comienza a ser insoportable dentro de mí, expandiéndose por todo mi cuerpo, arañando mi piel, dejándome a punto de explotar.

Aumenta el ritmo de las embestidas.

—Más —susurro. Ya no había marcha atrás. La presencia del orgasmo era cada vez más cercana.

—Mírame a los ojos —así lo hago. Le miro. Jadeo al ver el deseo, crudo, salvaje brillar en sus oscuros ojos.

Grito cuando el orgasmo me asalta, extendiéndose rápidamente por mi cuerpo, como pequeñas descargas eléctricas, del todo placenteras y extenuantes.

Me dejo caer lánguida y satisfecha, sudada y temblorosa, hacia atrás.

Él se mueve sobre mí, aplastándome contra el sofá. No tarda en venirse.

Cuando mi respiración comienza a volver a su ritmo habitual, abro los ojos. Don Perfecto está sentado en el suelo, con el pantalón entreabierto, la verga flácida, el preservativo usado a unos centímetros de él, pero eso sí, mostrando una sonrisa satisfecha.

—Es el mejor polvo que he echado en mi vida.

Sí, seguro. Eso se lo dices a todas.

Él se mueve. Se viste con rapidez y se sienta a mi lado.

Yo ni me he movido, ni pretendo hacerlo, para qué, es mi casa, si quiero andar vestida únicamente con el sujetador, lo hago. Además, si soy sincera, no puedo moverme. Me ha dejado exhausta.

Me abraza y me besa el cuello.

Mmmm, cómo me gusta eso.

—¿Repetimos?

—Cuando puedas —le contesto. Él vuelve a reírse y me besa.

Le miro a los ojos cuando el beso se detiene y nos separamos.

Acabo de acordarme de algo.

—¿Cómo te llamas?

Él se sorprende y vuelve a reírse.

—Anthony, me llamo Anthony, señorita Johnes.

—Amanda —le digo, ya que estamos de presentaciones...

—Lo sé, cielo. Te conozco bien.

—Lo dudo.

Él me sonríe.

¿Ya he comentado que tiene una sonrisa encantadora?

—No te sobreestimes, preciosa. Estoy obsesionado contigo desde que te vi hace un año. Hasta tengo todos tus libros —jadeó en alto. ¿Mis libros? ¿Ha leído lo que escribo? Me ruborizo. No puedo evitarlo—. Vuelvas mucho en tus escritos, Amanda. Sé que te gusta el chocolate, ver caer la lluvia, los días de domingo porque puedes leer en la cama hasta tarde y que... —por el momento ha acertado en todo, haber con lo que me sorprende—...te mueres por un... ¿Cómo lo dices en tus novelas? —sus labios se ladean en una sonrisa pícaro—. Te mueres por un buen semental que te cabalgue hasta que no puedas ni sentarte por días.

La que se ríe en alto esta vez soy yo.

Si aquel era el primer encuentro de muchos otros, tan sólo el tiempo lo diría.

Por el momento iba a disfrutar de una segunda ronda —y esta vez iría arriba.

Además...

Ahora sí que le podía poner nombre a su pequeña mascota, a su Orgasmo de bolsillo.

Anthony, dios del sexo.

Alias Don Perfecto.





# DESEOS NAVIDEÑOS

*New York, 2010*

—Chica, tienes un problema.

Amanda Montgomery dejó la copa sobre la mesa y sonrió de lado.

—No veo ningún problema.

—¿Cómo qué no? Lo tuyo no es normal —Amanda arqueó una ceja sin dejar de mirar a su mejor amiga. La única que conocía su secreto, y que no dejaba de recordárselo cada vez que se acercaban esas fechas.

—Lo tengo controlado, Candy. Sólo he de...—lo pensó unos segundos antes de responder—, alejarme de la tentación todo lo que pueda.

Candy Roberts se rió en alto. Amanda era su mejor amiga. La conocía desde niñas. Habían pasado buenos y malos momentos, apoyándose una en la otra. Pero cuando llegaba Navidad no podía dejar de recordarle que debía visitar un especialista para que la ayudase con su obsesión/fetiche.

—¿Y cómo puedes alejarte de los Santa Claus si estamos en Navidad?

Amanda cerró los ojos. Ese era el dilema. El rojo era su fetiche. No. Debía especificarlo. Los hombres vestidos de rojo era su oscura maldición.

No recordaba el día en que sintió por primera vez deseo al ver a un hombre vestido con el traje de Santa Claus, pero año tras año cuando llegaba la Navidad era una auténtica tortura. Mirase a donde

mirase sólo veía a hombres vestidos de rojo, con sus panzas ficticias, sus gorritos con el pompón, sus largas barbas de pega y ella... acababa corriendo hacia casa para aliviarse.

Abrió los ojos y los fijó en los azules de su amiga.

¿Cómo puedes alejarte de los Santa Claus si estamos en Navidad?

Aquella era la pregunta del siglo.

Y la respuesta era muy clara.

—Del trabajo a casa, Candy. Por eso no quería quedar hoy contigo.

—¡Oh! ¡Y vas a consentir que tú maldita obsesión te arruine la vida! —dejó su copa al lado de Amanda y continuó sin dejar de mirarla a los ojos—. Tienes 32 años, Mindy. No eres una niña. Si no sales más no conocerás a nadie. Y estas fechas no están hechas para quedarte en casa sola.

Pues si te confesara que me lo pasó muy bien con mis tres “amigos” juguetones que cumplen cada uno de mis deseos, no opinarías lo mismo, amiga.

—Cada año me dices lo mismo, Candy. Pero no puedo remediarlo. Verles con esos trajes me excita.

Candy negó con la cabeza.

—No puedo comprenderlo.

Ya estaba comenzando a enfadarse. No tenía porqué justificarse. Cada persona tenía algo que le excitaba hasta el extremo de lanzarse a su amante buscando calmar el fuego que ardía en su interior. Para ella era el rojo. Más concretamente los hombres vestidos de Santa Claus.

Para Candy...

—Como yo tampoco comprendo que a ti te guste que te den por detrás, Candy.

El silencio que siguió a sus palabras fue cortante, tenso. Pero lo agradeció. Cada año era lo mismo. La misma charla materno-amistad

que Candy se daba el lujo de soltarle, sin pensar que ella lo pasaba mal esos días, que no dejaba de estar húmeda y excitada mientras caminaba por la calle. Gimiendo interiormente porque hasta el roce de sus braguitas provocaba la ardiente necesidad de que la tomasen duramente hasta que su cuerpo estallase en miles de pedazos.

—Ya veo que contigo no se puede razonar.

Amanda rebuscó en su bolso y sacó el monedero. Buscó un billete de 10 y lo dejó sobre el mostrador. Esa noche le tocaba pagar a ella.

—Será mejor que vayamos a casa. Estamos cansadas y esta conversación no lleva a ningún lado como bien has señalado.

Candy no la siguió cuando salió del local.

Estaba segura que el enfado le duraría unos cuantos días. No le importaba. Ya estaba un poco harta que le recordara una y otra vez su obsesión, cuando ella no miraba más allá de sus acciones, de sus fantasías.

Abrochó el último botón del abrigo y miró a su alrededor. Si encontraba uno de los hombres de rojo tomaría otro camino.

Suspiró aliviada al ver que no había ninguno, al menos en esa calle. Y comenzó a caminar rumbo al complejo en el que vivía.

Pero el destino iba a jugar con ella. ¡Y de qué manera!

No dio ni cinco pasos cuando se dio de bruces con un hombre que venía corriendo. No lo vio porque estaba comprobando los mensajes recibidos en el móvil. Cuando levantó la cabeza para insultar al desgraciado que había chocado con ella se quedó muda.

—Discúlpame, tengo algo de prisa. Debo entregar un regalo y...

No escuchó nada más. Su mente se quedó en blanco y lo único que hizo fue mirarle fijamente, devorándole con la mirada.

Era...

Era...

Su fantasía sexual andante.

El Santa Claus más bueno que había visto en su vida.

Lo que siempre se había imaginado cuando se masturbaba con sus vibradores.

Alto, fornido, con una sonrisa de diablo, ojos magnéticos y brillantes, mentón cuadrado y una melena en la que podía enterrar sus dedos mientras lo montaba y...

Antes de que sus pensamientos tomaran un camino de no retorno, Amanda se obligó a tragar saliva y a desviar la mirada.

Le costó, pero lo consiguió.

—No..., no pasa nada. Sólo fue un accidente. Buenas noches.

Lo último casi lo chilló, mientras luchaba contra el deseo.

Dio media vuelta y apuró el paso, buscando alejarse de aquel bombón que ansiaba lamer y chupar hasta que soltara toda su nata.

—¡Espera!

Ignóralo. Ignóralo. No te está llamando a ti.

—¿Amanda Montgomery?

Se detuvo en seco. ¿Cómo era posible que ese hombre supiese quien era? Palpó su bolso para ver si la cremallera estaba abierta o cerrada, barajando la posibilidad de que se le hubiera caído la cartera. Pero no. Estaba cerrada y su cartera a buen recaudo dentro de su bolso.

Se volvió mostrando una expresión de sorpresa y sospecha. Ala menor señal de acoso se pondría a gritar como una loca pidiendo ayuda en medio de la calle.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El hombre pareció aliviado, como si le hubiera quitado un peso de encima.

—Menos mal que te encontré. Eres la última de mi lista.

—¿Qué lista?

Él mostró una sonrisa abierta que la dejó entumecida, con el corazón palpitándole contra el pecho a un ritmo alarmante que rallaba la locura.

—La de las niñas malas, ¿cuál va a ser?

¿Por qué todos los buenos o son gays, o están casados o les faltan varios tornillos? Se lamentó para sus adentros, dando un paso hacia atrás a punto de dar media vuelta y echar a correr hacia la primera tienda abierta que encontrase a aquellas horas y refugiarse en su interior hasta que la policía llegase en su ayuda.

—Comprendo que no seas una creyente, pero esta noche cumpliré tú...

—Lo que tienes que hacer es dar media vuelta y largarte antes de que me ponga a gritar.

El extraño tuvo el descaro de echarse a reír.

¡Y qué risa!

¡Oh, Dios! Si seguía así acabaría notándose a través de su pantalón la humedad que comenzaba a rezumar entre sus piernas.

—Sabía que hacía bien en dejarte la última. Estaba seguro que ibas a ser la mejor de todas.

—Si das un paso más te golpeo con el bolso, gilipollas.

El hombre se detuvo en seco, cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con expresión burlona.

—¿Y te vas a perder el mejor polvo de tu vida? —no pudo responderle. Se quedó en blanco. Pero la expresión que debió poner fue suficiente como para mostrar lo que estaba sintiendo en esos momentos. Una lucha interna en la que estaba perdiendo la razón contra el deseo. Por un lado estaba ante un total desconocido que sabía su nombre, que decía que ella estaba en una lista de niñas malas pasándose con el papel que estaba representando vistiendo con aquel apretado y sexy traje rojo que parecía de cuero, por otro, estaba la promesa de arrancarle el traje y aliviar el intenso deseo que la estaba atormentando en esos momentos—. No lo pienses más Amanda. ¿O vienes conmigo y pasarás la mejor noche de tu vida o regresas a tu casa y gastas las pilas de tus “amiguitos”?

—¿Cómo es posible qué..?

—¿Conozca la existencia de tus vibradores? —finalizó la frase por ella. Amanda asintió—. Digamos que te conozco bien. Pero esa no

es la cuestión. ¿Vienes o no?

Le tendió la mano.

Los segundos pasaron lentamente.

¿Ir o no ir?

¿Arriesgarse o volver a la seguridad de su casa?

¿No te dice siempre Candy que debes salir más? ¡Adelante!

No lo pensó más.

Dio un paso hacia delante y tomó la mano que le tendía, estremeciéndose al notar el calor que transmitía.

—Buena elección, Amanda. Esta noche será única. No podrás olvidarla jamás.

De eso estoy segura. Admitió para sus adentros, siguiendo en silencio al extraño vestido con un ceñido traje de Santa Claus. Nunca podré olvidar la noche en que me voy a tirar a Santa Claus.

*Diez minutos después*

—Ponte cómoda, preciosa.

El trayecto hacia el hotel fue como si estuviese en medio de un sueño. Estaba caminando, tomada de la mano del extraño pero no era realmente consciente de lo que estaba haciendo. Y ni qué decir cuando entró en la suite del mejor hotel de la ciudad.

Estaba anonadada, con el corazón golpeando furiosamente contra el pecho y la respiración entrecortada.

—Pellízcame porque no me creo lo que está pasando.

No fue consciente que lo dijo en alto hasta que el bueno de Santa le pellizcó el trasero.

—Y más que te voy a hacer, en cuanto te arranque esos vaqueros que llevas, Amanda. Pienso lamerte entera, gritarás mi nombre cuando termine la noche.

Tembló y se removió en el sitio, excitada no sólo por sus

palabras si no por sentirlo detrás de ella.

—Lo dudo mucho —su voz denotó el nerviosismo que estaba sintiendo en esos momentos.

Él la giró y le levantó el mentón con suavidad.

—¿Eso es un reto, Amanda? Porque te puedo asegurar que nunca he perdido una apuesta.

—Pues esta será tú primera vez.

—Y la tuya —susurró, acercándose más a ella hasta que la aprisionó entre sus brazos.

—Pero qué...

La acalló con un beso.

Fue exigente. Lamiéndole los labios hasta que consiguió que los abriese y entonces empujó su lengua dentro de ella, excitándola al probar su sabor, derritiéndose ante sus sensuales caricias.

Antes de separarse le mordisqueó el labio inferior enviando una oleada de deseo a su inflamadísimo y palpitante clítoris, provocando que se humedeciese más por culpa de él.

—Perfecta —al escuchar su ronca voz, Amanda entreabrió los ojos. Se quedó sin aliento al ver la intensidad de su mirada.

—No bromees conmigo —estaba nerviosa, y cuando lo estaba era incapaz de sujetar la lengua.

La sonrisa que le mostró era arrebatadora y llena de promesas.

—Nunca lo hago, cielo —apoyó sus manos en su cintura, apretándosela unos segundos antes de comenzar a acariciarla ascendiendo lentamente.

No pudo evitar quedarse mirando fijamente aquellas manos, que la acariciaban por encima de la ropa enviándole pequeñas descargas eléctricas que estaban inflamando el fuego de su interior. Tener a su fantasía delante de ella, desnudándola con la mirada y acariciándola como si fuera lo más preciado del mundo era un sueño del que no quería despertar.

—Con curvas, como a mí me gusta.



Amanda soltó una carcajada nerviosa. No era una modelo de pasarela. No medía más del metro sesenta y la talla de pantalón en las grandes marcas comerciales era una de las que se consideraban “talla grande” por los diseñadores. No nació para modelo y lo aceptaba, pero eso no significaba que se sintiese cómoda desnuda ante otra persona que no fuese su reflejo en el espejo.

—Dirás rellenita, con kilos de más.

Él se apartó para poder mirarla a los ojos. En ellos leyó reproche.

—Estás muy buena Amanda. Con curvas, tal y como nos gustan a los hombres. Cuando me acuesto con una mujer —*Fuera celos, fuera celos, él no es nada tuyo*. No pudo evitar pensar la joven, perdiéndose unos segundos en su mente, odiando la sola idea que otra mujer hubiese sido besada por él tal y como la había besado a ella—, quiero poder tocar carne, poder hundir mis dedos en su cadera mientras me la follo correrme entre sus llenos pechos. No te sobran kilos, estás muy apetitosa.

Estaba ruborizada. Lo podía sentir. Sus mejillas en esos momentos debían de estar de un rojo tomate por sus palabras.

—Pero ahora no es el momento de hablar —le arrancó el abrigo y lo lanzó al suelo. Se quedó muda pero juraría que vio cómo volaron los botones después del desgarrón. La camisa que llevaba corrió la misma suerte. Acabó olvidada en el suelo a un paso de ellos—. ¡Joder! Quiero mordértelos, chuparte los pezones y correrme entre tus tetas.

En las novelas que leía de noche, él alababa los generosos pechos de su amante comparándolos con una fruta, en cambio su fantasía andante se los estrujó y manifestó en alto lo que pensaba hacerle.

Comprobó que le ponía más la segunda opción. En aquellos momentos no quería palabras bonitas, halagos que luego se olvidarían. Quería caricias salvajes, que la lamiese de arriba abajo, que jugara con sus pechos pellizcándoselos y mordisqueándoselos, que sumergiera sus dedos entre los pliegues de su coño y la aliviase del intenso deseo que la acosaba.

—Haré eso y más —le susurró al oído, mientras le bajaba la cremallera con una mano mientras que con la otra le desabrochaba el sujetador negro.

Amanda cerró los ojos extasiada cuando sintió su lengua jugar con sus pezones.

—Tan rica.

Gimió en alto ante el placer que experimentó cuando una de sus manos se coló entre su pantalón entreabierto. Instintivamente se movió, abriéndose más, quedando expuesta delante de él, con la cabeza echada hacia atrás y sus braguitas de encaje negro junto al pantalón a la altura de su cadera, mostrando su afeitado monte de Venus.

La acarició allí donde más lo necesitaba. Dibujando pequeños círculos sobre su palpitante y agitado clitoris, provocando que jadeara en alto y moviera las caderas hacia delante buscando más, sin poder contenerse.

—Estás húmeda.

Sí. Gimió para sus adentros. Estaba húmeda desde el momento en que lo vio con aquel apretado traje rojo.

Le necesitaba. Quería que la tomara. Cuando el mundo estallase dentro de ella, ya le pediría que fuera despacio.

—Más —exigió con voz enronquecida, cerrando los ojos de puro placer, sin dejar de mover las caderas al ritmo de sus sensuales caricias.

Él la soltó y dio un paso hacia atrás.

Con la respiración entrecortada y a punto de darle una patada por separarse cuando estaba comenzando a sentir pequeños relámpagos en su interior, Amanda abrió los ojos y le miró fijamente.

—¡Joder! Quería ir despacio. Desvestirte lentamente, volverte loca con mis caricias. Pero el que se está volviendo loco soy yo si no te la meto ya.

*¡Qué romántico!* Pensó con ironía Amanda.

Pero no pudo pensar más cuando vio cómo se desabrochaba la

chaqueta del traje rojo.

Jadeó en alto al ver que no llevaba nada por debajo, exponiendo sus marcados abdominales.

Pero ya no pudo contener su lengua, expresando en alto lo grande que era cuando bajó la cremallera del pantalón y dejó libre su polla.

—Sí nena, y esta noche será toda tuya.

Amanda se estremeció entera y entre sus pliegues brotó más miel, humedeciendo las caras internas de sus blancos muslos.

Las piernas le temblaban y no sabía muy bien qué hacer. La idea de tumbarse en la mullida alfombra que había en la sala de la suite no era tan mala idea, hasta estaría dispuesta a ponerse a cuatro patas y rogarla que la tomara duramente, enterrándose profundamente dentro de ella mientras le acariciaba los pechos.

No tuvo necesidad de expresarle en alto lo que estaba pensando. Él la tomó en brazos y avanzó con rapidez los metros que los separaban de la sala al dormitorio, pisando con fuerza las alfombras persas que cubrían los suelos.

La dejó en la cama y le atrapó las piernas, empujándola hasta que quedó en el borde.

Amanda gimió. Nunca antes había compartido una noche como aquella, en la que la vergüenza desapareció por completo y en su lugar apareció el crudo deseo que la consumía.

—Fuera pantalones —gruñó el hombre arrancándoselo antes de acomodarse entre sus abiertas piernas—. Sube las piernas —así lo hizo, quedando sus rodillas a la altura de sus codos. Esa postura nunca la había probado. Las escasas ocasiones en las que compartió una noche con hombres solía quedarse quietecita mientras él empujaba encima de ella en la habitual postura del misionero. Al principio fue un poco incómodo, los músculos crujieron quejándose por la postura, pero en el momento en que él se deslizó y de rodillas delante de la cama sumergió su rostro entre sus piernas, se olvidó de todo, de la incomodidad de la postura, de lo vergonzoso que era, de

todo.

—¡Oh, Dios! —jadeó, cerrando los ojos de puro placer.

Su lengua era puro volcán, consumiéndola con sus lametazos, con sus caricias rápidas y lentas a su clítoris. Era deliciosamente una tortura que deseó que nunca terminara, hasta que la sintió invadir su coño, penetrándola muy lentamente para luego dibujar un círculo antes de abandonarla. Ahí fue cuando deseó sentir más, sentirle completamente dentro de ella, empujando con fuerza, colmándola con su tamaño, aplastándola con su peso.

—Más —gimoteó, removiéndose en el sitio.

—Qué prefieres nena, que te chupe el clítoris o que te folle.

¿Pero es que quería acabar con ella?

¿Cómo iba a elegir?

Lo quería todo.

—Más, lo quiero todo.

No supo si la carcajada que soltó el hombre fue por el tono de su voz – que juraría que sonó desesperada- o por la mirada asesina que le dirigió al ver que se había separado de su coño y había dejado de hacer lo que estaba haciendo.

—Exigente, ¡eh! Pues primero te follaré y luego iremos a la ducha donde me la chuparás, para luego regresar a la cama y te correrás en mi boca antes de que te vuelvas a correr cuando te folle de nuevo.

—Pero deja de hablar, ¡joder! —protestó cansada de tanta palabra. Quería más acción. No había cometido la locura de acompañar a un auténtico desconocido hasta el mejor hotel de la ciudad para hablar. Quería sexo. Salvaje, crudo. Inolvidable. Que al día siguiente aún le siguiese sintiendo en su interior.

Él se inclinó hacia ella cubriéndola con su pecho, aplastándola levemente. Le sujetó las piernas y se las entreabrió más.

La molestia por la expuesta postura fue olvidada en el instante en que la cabeza de su gran y erecta polla rozó su humedecida

entrada.

—Toda mía —gruñó con voz enronquecida mientras se enterraba completamente, tomando por sorpresa a Amanda quien gimió en alto al ser ensanchada y colmada por dentro—. ¡Oh, joder! Eres tan estrecha.

*Y tú tan grande.* Pensó mientras procuraba acostumbrarse a la intrusión. Por suerte, él permaneció unos segundos quieto, sin moverse. Segundos que aprovechó para abrir los ojos y mirarle, maravillándose por la expresión extasiada que mostraba.

—¿Es que no piensas moverte?

Su exigencia rompió el silencio que les envolvió desde el momento en que él la penetró. Como si hubiera roto la cadena que contenía a la bestia que moraba en el interior del hombre, comenzó a moverse, primero lentamente, dando empujones profundos que lograba que jadeara en alto. Con las piernas abiertas y apoyadas en sus anchos hombros lo sentía muy dentro de ella, rozando partes de su anatomía que nunca nadie logró tocar.

—Ah, ah —era incapaz de contener los gemidos que brotaban de su boca. Estaba siendo tomada por un hombre que seguía vistiendo el traje rojo, que lograba llenarla completamente y que se movía como un demonio lujurioso que sabía qué ritmo tomar para volverla loca.

Instintivamente apretó los músculos internos de su vagina. Aquello provocó que se quedara quieto unos segundos dentro de ella.

—Así, así, vuélvelo a hacer —así lo hizo. Lo apretó de nuevo, un ejercicio que practicaba a diario gracias a la recomendación de su ginecólogo que no dejó de repetírselo diciéndole que eran buenos para evitar la incontinencia urinaria cuando entrase en la menopausia —. ¡Oh, joder! Eres muy buena.

Eres el primero que me lo dice. Pensó, recordando malas experiencias en su vida. Los escasos amantes que tuvo siempre le aseguraron que era un pez frío, que no era un ser sensual.

Los empujes se volvieron más rápidos, más profundos, moviendo la cama bajo ellos.

Cansada de la postura se quejó en alto e intentó mover las piernas. Él comprendió su incomodidad al momento porque la liberó, se separó y se acostó sobre ella una vez que estiró las piernas quedando con los pies colgando por fuera de la cama.

—Ya arreglaremos tu falta de flexibilidad.

—Ya me gustaría verte a ti con las piernas espatarradas hacia arriba y abiertas de par en par, haber si puedes hacerlo, bonito.

Le separó las piernas y se acomodó entre ellas antes de volverse a sumergir en su interior.

—¡Oh! Y yo que quería probar todas las posturas del kamasutra contigo.

Sabía que estaba bromeando con ella. Aquel era un encuentro de una sola noche. En cuando se corriese un par de veces, durmiese para recuperarse del cansancio, se levantaría antes que él – o al menos así lo pretendía- y se largaría a casa, a lamentarse de la locura que estaba cometiendo.

—Cierra el pico, nene y sigue moviéndote. Aún no me he corrido y ha pasado —miró el reloj de su muñeca con gesto teatral antes de decir—, diez minutos desde que te has bajado los pantalones mostrándome a tu pequeño amiguito.

Sus palabras no le molestaron, es más, pareció que le gustó, porque soltó una carcajada antes de penetrarla hondamente, logrando que jadeara en alto.

—¿Pequeño, eh? —volvió a moverse lentamente, saliendo casi del todo para luego sumergirse hasta hundirse completamente en su coño. La cama se movía debajo de ellos, y antes de que se diera cuenta, ella se encontraba tumbada del todo sobre el mullido colchón, con él encima cubriéndola con su pesado cuerpo. Una nueva sacudida. Un nuevo jadeo—. Por tus gemidos no debe ser tan pequeño, preciosa.

—Imbécil —murmuró con voz jadeante y aguda, Amanda, mirándole a los ojos. Agradecía que la nueva postura, el que se él la hubiese movido, empujándola hacia arriba cuando salía casi del todo

de ella.

—Puede ser —concedió él, sin dejar de moverse dentro de ella. Muy lentamente, disfrutando de la calidez de sus estrechas y húmedas paredes, llegando a acariciarle el clítoris al estar tumbado sobre ella—. Pero desde esta noche, seré tú imbécil.

No le hizo casi a sus palabras. Ella no era estúpida y sabía que en un momento de calentón un TE QUIERO podía ser dicho con mucha facilidad para luego ser olvidado, así que optó por concentrarse en el intenso placer que estaba sintiendo al ser acariciada por dentro y por fuera. Su palpitante clítoris lloraba cuando el hombre se alejaba para tomar impulso y se removía de placer, enviando una corriente eléctrica por todo su cuerpo, cuando él se encontraba de nuevo con el mientras sumergía hasta el fondo su polla.

El ritmo de sus embestidas crecieron, fueron haciéndose más salvajes. Las pelotas de él se tensaron, mientras golpeaban la entrada de su coño con cada embestida. El colchón crujió y el cabezal de la cama golpeó la pared siguiendo el salvaje ritmo que ambos marcaron. Él se sumergía profundamente, y Amanda alzaba sus caderas para encontrarlo, deseando sentirlo muy dentro de ella, hasta dónde el límite rallaba el placer con el dolor.

Calor. Abrasador. Recorriendo sus venas. Alcanzando cada parte de su cuerpo, hasta que la explosión de puro placer la tomó por sorpresa. La quería, la deseaba y la abrazó por completo, dejándose llevar por el orgasmo.

Lanzó un grito que resonó en las paredes del dormitorio, y que fue acallado por el rugido que brotó de la garganta del hombre, quien descargó dentro de ella, disfrutando de la tensión de las paredes de su vagina quien le abrazó con ansiedad hasta ordeñarlo por completo.

Cuando el orgasmo remitió algo, él se alejó, quedando recostado de lado, sin dejar de acariciarla, como si no deseara soltarla. Su polla descansaba dormida y humedecida por su simiente y los jugos calientes de ella, sobre el colchón acariciando la rojiza tela del pantalón que aún vestía.

Su coño palpitaba, los vestigios del orgasmo aún seguían

recorriendo su cuerpo, y estaba segura que se espalda comenzaría a quejarse cuando el calor del momento pasase, pero en esos momentos no se arrepentía de nada. Era el mejor orgasmo que había experimentado en su vida. Se sentía exhausta como si hubiese corrido una maratón, con el cuerpo relajado pero a la vez tenso, con la respiración agitada y el corazón bombeándole contra el pecho con furia. La mente se le quedó en blanco y ahora lo único que era capaz de asimilar era el placer que aún experimentaba en esos momentos.

—La próxima vez lo haremos despacio, quiero saborearte.

—Después de una buena ducha —le respondió, recordando el plan que había orquestado el hombre. Ducha, mamada, le comería el coño y la follaría (y esta vez se aseguraría de esta encima). ¿No sonaba tan mal, no?

Él se rió y le acarició la mejilla con una dulzura que hizo que se estremeciese. Por un segundo creyó ver en sus ojos algo más que el deseo que sabía que sentía por ella.

—Lo recuerdo, y así lo haremos. Pero antes que nada —deslizó su dedo por su rostro, hasta posarse en sus carnosos y sonrosados labios—. No gritaste mi nombre.

—Por que no tengo ni idea de cómo te llamas.

Él mostró una sonrisa de lado, y se alejó de ella, para rebuscar entre los bolsillos de su pantalón. Sacó un papel amarillento que le recordó a un posit, y se lo tendió.

Cuando lo tuvo entre sus manos, Amanda jadeó en alto.

—No puede ser. Esto no es real.

No le miró a los ojos. Estaba con la mirada clavada en la irregular letra del papel.

—Lo tengo desde el año pasado, nunca encontré tiempo para cumplir este deseo. Pero a partir de esta noche, tu deseo se hará realidad —él se agachó hasta besarla, jugueteando con su lengua, encendiéndola de nuevo.

Amanda sintió como la renovada polla de él la rozó. Ya estaba listo y dispuesto a una segunda ronda.



—Creo que la ducha será para luego. Una vuelta más y luego te llevaré a la ducha.

—No eres real. No puede ser real que tú tengas ese papel que escribí el año pasado. Estaba borracha y deprimida y lo quemé y...

La volvió a besar mientras se acomodaba de nuevo sobre ella. Algo dentro de ella la obligó a abrir las piernas y a darle la bienvenida. Estaba sensible, con el clítoris aún palpitante, y por este motivo cuando comenzó a embestirla el placer volvió con más fuerza, creciendo sin piedad dentro de ella.

El papel quedó olvidado, y acabó boca arriba en el suelo.

Las letras eran irregulares.

El papel estaba amarillento y con las esquinas rotas.

Pero se podía leer con claridad.

*“Sólo deseo una cosa. Qué Santa Claus exista y que me pertenezca, que sea mío, que cumpla mis deseos, que sea cómo siempre me lo imaginé y más. Que sea mío para siempre”*

Ahora sí tenía un nombre que gritar cuando alcanzase el orgasmo.

Nicholas.



# UNA DESPEDIDA DE SOLTERA INOLVIDABLE

## Prólogo

*Cuando los mortales creían en los antiguos dioses, el portal de nuestro mundo estaba abierto. Éramos libres. Podíamos ir a la Tierra y disfrutar de los placeres de la vida, yacer con las mujeres que deseáramos. Pero con el tiempo los humanos dejaron de creer, y el portal se cerró. Así ha permanecido desde ese aciago día. Ahora sólo podemos esperar, esperar a que el portal se abra de nuevo y podamos disfrutar de los placeres de la carne de las mujeres que nos invoquen.*

*A los Satyres sólo nos queda esperar.*

Rourik torció el gesto cuando su Maestro, el Gran Chamán finalizó la breve historia de la caída en el olvido de los suyos. Se sabía de memoria cada palabra, cada maldita entonación, la podía recitar hasta del revés su así se lo pedían. Después de varios siglos escuchando lo mismo, cada palabra quedó grabada en su mente.

—Pero Gran Chamán, ¿no podemos hacer nada por abrir el portal?

*Buena pregunta chico, pero te va a responder con una mierda de excusa. Perdí la cuenta de las veces en las que le instigué a que*

*hiciésemos algo, pero ¡no! Él sólo me dice que hay que esperar a que crean de nuevo en nosotros, a que nos invoquen.* Ironizó para sus adentros presenciando como el joven obtenía la respuesta prefabricada que tantas veces el Maestro le dio.

—No podemos hacer nada. Nuestro destino es esperar y algún día los humanos recordaran a los viejos dioses y seremos libres de nuevo.

—¡Ja!

Todos y cada uno de los presentes se giraron. La cueva Sagrada estaba levemente iluminada por las antorchas que colgaban de las paredes. El suelo, donde estaban sentados los más jóvenes Satyres, estaba cubierto de pieles, apiladas unas encima de otras. Aquella cueva era un lugar para recordar el pasado, para aprender la historia de la raza. Para Rourik, era una prisión que apestaba a grasa animal quemada y en la que tenía que escuchar – y recordar— cómo era la vida de los suyos antes de que el portal se cerrase. Era lo que le tocaba al ser el aprendiz del Gran Chamán.

—¿Tienes algo que apostillar Rourik?

La voz de su Maestro le alejó de los recuerdos y le devolvió a la realidad.

Cuando encontró los ojos del viejo maldijo por dentro su estupidez. El viejo estaba cabreado. Y cuando estaba de mala ostia le tocaba trabajar hasta la extenuación. Durante un tiempo – que a él le parecería eterno— le tocaría dedicarse a reanimar a los *golemns* hembras que se creaban cada cierto tiempo para satisfacer las necesidades físicas de los de su raza. Aquellas criaturas creadas por la magia tenían aspecto de hermosas mujeres que saltaban satisfechas cuando las requerías, dispuestas a cumplir hasta el último de tus deseos. Eran los perfectos juguetes sexuales.

Para él, eran incordios que se lanzaban a tus pies cuando ibas por la calle, que no dejaban de cantar cuando se reunían a las afueras del pueblo cuando no eran llamadas.

*Maldito viejo, como sabes que odio reanimar a esas muñecas de barro me vas a joder ordenándome que...*

—Rourik, ¿tienes algo que decir?

Para no sumar días a su “castigo” Rourik negó con la cabeza – aunque por dentro deseara mandarle a la mierda y recriminarle que como Gran Chamán hiciera algo más que sentarse y esperar—, acabó respondiendo:

—No Maestro, no tengo nada que añadir.

El resto de la mañana fue una auténtica tortura, hasta el extremo de que cada segundo que pasaba parecía horas.

Cuando al fin todo terminó y los jóvenes Satyres salieron de la cueva rumbo a la Academia, Rourik esperó la explosiva recriminación de su Maestro.

Como ya esperaba, no tardó en llegar.

—No vuelvas a interrumpirme Rourik. Soy el...

Bla, bla bla. Ya no escuchó nada más. Puso la mente en blanco y permitió a uno de los ancianos Satyres se desahogara.

—...Y para que no vuelva a suceder, cumplirás tus obligaciones y las mías hasta que te levante el castigo.

Ya. *Así te tomas unas vacaciones. ¡Qué castigo más ejemplar!* Se burló, aunque en voz alta dijo:

—Así sea Maestro.

Éste asintió y le indicó la salida con un gesto.

—Vete, ahora tu presencia me irrita.

*Ya mi la tuya, pero por desgracia estoy condenado a soportarte hasta que el portal vuelva a abrirse.*

Optó por no responder. No iba a ganar nada si lo hacía, y si podía perder mucho si le contestaba lo que pensaba.

En silencio, dio media vuelta y salió de la cueva. Nada más salir, Rourik paseó la mirada a su alrededor. La cueva Sagrada estaba en lo alto de la montaña que había frente al portal. A los pies de la montaña, el pueblo se extendía a lo largo de un hermoso valle en el que estaban condenados a permanecer por dictado de los dioses.

Cuando antes eran una raza reverenciada y temida por los

mortales, vigilada de cerca por los dioses y orgullosa de ser Satyres, después de la Gran Caída y el cierre del portal eran una sombra de lo que fueron.

Estaban condenados a permanecer en aquellas tierras, desahogando sus apetitos sexuales con mujeres de barro que creaban los artesanos y reanimaba el Gran Chamán – o hasta que éste le levantara el castigo, sería él quien lo hiciese. Mujeres que se inclinaban a tu paso, que se contoneaban cuando las mirabas susurrando una y otra vez lo único que decían: “Hazme tuya” .

Dio un paso hacia delante, quedando al borde del acantilado. La cueva Sagrada estaba en lo alto de la montaña. Le echó un vistazo al portal. Era del tamaño de una montaña y tenía la forma de una mujer con grandes pechos, cintura fina y caderas anchas. Rourik sonrió al fijar la mirada en la entrada de portal ubicada en el pubis de aquella espectacular figura. Era irónico que para saciar el deseo que les consumía por dentro debían atravesar los muslos de una montaña con forma de mujer.

Dio otro paso hacia delante y se dejó caer, aterrizando en la entrada del pueblo a los pies de la montaña.

Sólo hizo falta que diese tres pasos para que dos golems le interceptasen y se lanzasen a sus pies.

—Hazme..

—...tuya— dijeron a la vez las dos mujeres con aquellas voces carentes de emoción.

Estaba cansado de ellas, de estar con “juguetes” que hacían todo lo que les pedías. Que nunca se negaban a nada, que sólo decían aquellas dos malditas palabras.

Los primeros siglos fueron un alivio al encierro, pero ahora eran un engorro. No podías dar ni dos pasos –bueno, en este caso tres— sin que se lanzaran a tus pies y gimiesen con esa voz monótona.

Intentó ignorarlas. Le resultó difícil ya que le estaban manoseando, y le intentaban desnudar. Dio dos pasos más y por suerte –gracias a los dioses—, las golems dejaron de fijarse en él para

lanzarse a un joven Satyre al que tomaron desprevenido.

Tomó rumbo a su cabaña con paso rápido —antes de que otra de aquellas malditas se fijara en él.

No tuvo suerte.

Seis golems más tarde, llegó al refugio que era su cabaña situada a los pies de la montaña de portal, muy cerca de la entrada.

—Al fin en casa— susurró agarrando con fuerza el pomo de la puerta. Tiró hacia dentro y la puerta se abrió. En el Reino no había llaves ni cerraduras, después de todo cada Satyre del calle se conocía, no existía el concepto de propiedad y por tanto tampoco el de robo.

Fue cuando lo sintió. Un temblor dentro de él y un ardor que le provocó una dolorosa erección.

—¡Oh, dioses! —jadeó con voz enronquecida, sin explicarse cómo podía estar duro como una piedra a punto de explotar.

Otro temblor le sacudió, y junto a él a todo el Reino.

Soltó el pomo y dio un paso hacia atrás, alejándose de la entrada de su hogar, palpándose el abultado paquete.

No comprendía qué es lo que estaba pasando. No era normal que el Reino temblara de aquella manera y menos que se excitara sin estimulación externa.

Al tercer temblor, Rourik gimió y se corrió, manchando el pantalón, como un infante durante sus primeras experiencias sexuales.

—¡Oh, joder! —masculló en alto, y no por haberse corrido sin siquiera tocarse sino porque ante sus atónitos ojos el portal tomó vida. Se retorció, la piedra se abrió y de él salieron un grupo de mujeres vestidas con prendas extrañas, vaporosas, de diferentes colores, desde el blanco, al naranja, mostrando mucha piel, y que no dejaban de gritar.

“¿Qué cojones pasa?”

# Capítulo 1

—No puedo beber más.

—Andrea coño, no seas muermo y tómate otra, que dentro de dos meses estarás atada.

Agarró el vaso que le tendió Lydia y lo olisqueó. Era Ron y Cola. Aquella no era su bebida favorita, pero después de seis...no, ocho copas, ya todo le sabía igual.

—No seas exagerada Lydia —removió la copa concentrándose en el oscuro líquido—. Que sólo me voy a casar —sin pensarlo dos veces, bebió de un buen trago.

—Es lo mismo Andrea. Te vas a atar a un maromo —que no te conviene, chica. Pero estás ciega. Pensó a su vez sin atreverse a decirlo en alto, pues no estaba segura cómo se lo tomaría Andrea si lo hiciese. Dudaba que antepusiese la amistad que tenían a su idílica futura vida de casada. Estaba segura que elegiría antes a Michael Bronx, a pesar que era el tipo de hombre que la haría feliz.



Andrea se terminó el contenido del vaso y soltó un suspiro. El ron le calentó por dentro y abrasó su garganta.

—No sé que tienes contra Michael, es un buen partido. Soy afortunada —*pero no se me caen las bragas por él, eso lo tengo que reconocer.*

Michael tenía un buen trabajo, se cuidaba acudiendo al gimnasio varias veces a la semana, era atento, siempre le sonreía, la trataba como una reina...

*Pero no se te cae la braga por él...* Escuchó de nuevo en su mente.

Le gustaba Michael, y estaba segura que con el paso del tiempo sería capaz de amarle, pero por mucho que le jodiese reconocerlo, no le deseaba. No sentía por él una pasión explosiva que le hiciese desear lanzarse a sus brazos para arrancarle la ropa. Pero una cosa era el deseo, sueños que no eran más que falsas ilusiones que desaparecían con el paso del tiempo, y otra muy distinta la realidad en la que primaba ser sensata.

Michael era el hombre que le convenía, aunque no fuese el que soñó.

No sabía porqué —bueno sí, porque era su prometida— se vio obligada a defenderle.

—El sexo no es lo más importante —ante la cara que puso Lydia, puntualizó—. Y con Michael no tengo problemas. Estoy satisfecha.

Lydia bufó en alto, dejando en el suelo su copa vacía.

—Ya, satisfecha con dos veces a la semana que se le levanta el ánimo a tu futuro marido.

Ya estaba comenzando a enfadarse. Había reunido a sus amigas para celebrar su despedida de soltera, no para que le echasen en cara su elección de marido y su penosa vida sexual.

—No sigas por ahí Lydia. Michael me hace feliz.

Ésta alzó las manos. No quería amargar a su amiga con lo que realmente pensaba del prometido de ésta, sino que quería que disfrutara de aquella escapada a Las Vegas.

—Tienes razón, Andrea. Esta noche tenemos que pasarlo bien —se volvió y miró a su alrededor. Estaba a la entrada del hotel en el que se alojaban. A unos pasos de ellas estaba el resto del grupo sacándose fotos ante una de esas estatuas que tanto atraían a los turistas —.¡Eh, chicas! La noche es joven. ¡Vámonos de aquí!

Como respuesta obtuvo un coro de chillidos, risas y aplausos, que le sacó una sonrisa, medio de vergüenza, medio de risa. Lo que hacía el alcohol cuando se consumía un poquito más de lo que debían. Bueno, un poquito mucho, que ya no se acordaba de cuantas botellas habían bebido.

Cuando todas se juntaron miraron a Andrea, ella era la única que vestía de blanco, las demás llevaban vestidos de colores chillones, desde el rojo hasta el naranja bucanero, con unas bandas que le cruzaban el pecho y en el que se leía: “Mujeres cachondas en busca de diversión”.

—Tú dirás Andrea, ¿a dónde vamos ahora?

Esta dudó. No conocía la ciudad, apenas llevaban dos días en Las Vegas y no tenía ni idea de a donde ir. Cuando la convencieron hacia una semana, que debía celebrar su despedida de soltera en aquella ciudad – no tardaron mucho la verdad, porque no le apetecía nada celebrarlo en su Houston natal -, anotó en un papel, los lugares que le gustaría visitar. Lugares que tras dos días, no habían visitado, porque se habían pasado el día y la noche de juerga, bebiendo sin descontrol y bailando hasta el amanecer. Por suerte, no habían acabado como en esas películas que vieron y por las que decidieron que tenían que ir a Las Vegas, porque lo que sucede en Las Vegas, se quedaba en Las Vegas.

—Podíamos...—dudó unos segundos, antes de tomar una decisión. En el estado en que estaban lo mejor era no seguir consumiendo alcohol, o ir a una sala de fiestas. Las llevaría a un lugar en el que se lo pasarían bien sin necesidad de ahogarse en el burbujeante sabor del champán, o el amargo sabor del whisky —...ir al túnel del terror, en el parque temático que os comenté que quería visitar cuando llegamos a la ciudad.

Las caras que mostraron las chicas fue memorable, con muecas de sorpresa e incredulidad.

Casi podía oír lo que pensaban.

¿Al túnel del terror?

¿De verdad?

¿En una despedida de soltera?

¿Dónde quedaban entonces los boys?

—¿Pero estás segura Andrea? —ésta miró a Nayla, una de sus amigas de la infancia, con quien compartía cada pequeño detalle de su vida.

—Sí, Nayla, estoy segura.

—Pero..., ¿esta noche no tocaba los boys?

Andrea se giró y respondió a Lydia, quien había preguntado en alto lo que todas pensaban.

—Prefiero ir al túnel del terror, estoy algo cansada para ir a los boys, mañana podemos ir al club “Toca todo lo que puedas” nada más terminar de cenar.

Al final, y tras protestar algo las chicas, accedieron a acompañarla al parque de atracciones donde entrarían al túnel del terror, una atracción que le encantaba a Andrea desde que era pequeña, visitando todas las que podía en las ciudades a las que acudía de vacaciones.

*20 minutos más tarde*

—No puede ser.

No podía creerlo.

Aunque estaba un poco borracha, esto no podía negarlo, o mucho, porque era incapaz de caminar en línea recta, lo que estaba

viendo no era una ilusión, ni fruto de su opacada mente.

—¿Y ahora que hacemos? —preguntó Lydia en voz alta al ver el cartel de CERRADO a las puertas del parque de atracciones.

—No lo sé —reconoció Andrea. Esperaba encontrarlo abierto y poder pasar una noche divertida pasando miedo en las atracciones, saboreando la subida de adrenalina cuando veías como el suelo comenzaba a alejarse hasta alcanzar alturas de vértigo para luego emprender una bajada brutal que te dejaba un amargo sabor del miedo entremezclado por el dulce néctar de la diversión.

Pero los dueños de aquel parque, le habían jodido los planes.

Nayla pasó a su lado y empujó hacia dentro, apoyando las manos en las viejas puertas de rejas. Las puertas crujieron un poco cuando comenzaron a moverse, hasta que se estancaron con un seco golpe cuando la cadena dio el tope.

—Iremos de todas maneras. Esta noche cometeremos una locura. Véis, por aquí podemos pasar —señaló el hueco que quedaba entre las puertas.

Andrea se rió en alto, antes de pasar por el hueco, agachándose para no chocar con las cadenas.

—Sois las mejores, chicas.

Una a una fueron pasando, en silencio, con los nervios a flor de piel y el corazón bombeando con fuerza contra sus pechos. Estaban cometiendo un delito al entrar en una propiedad privada sin permiso, y si llegaban a atraparla aquella noche y los siguientes días acabarían de cabeza en una de las celdas de la comisaría.

Riéndose, corrieron hacia el túnel del terror, tras mirar en uno de los carteles de la entrada donde estaba situada. Cerca de la gran noria, la cual se veía a lo lejos con claridad.

No verían en movimiento la atracción, pero al menos lo verían, Andrea no se iba a quedar con el gusto de no pisar aquella atracción que tanto le gustaba. Esa noche era especial, celebraban la libertad que aún poseía su amiga, y por nada de mundo se iban a al hotel temprano.

—Que oscuro está, ¿no? —Nayla le echó un vistazo al interior —. No se ve una mierda.

—Tenemos esto —Andrea sacó el móvil del bolso. Después de unos segundos revisando las opciones, marcó la que buscaba. La luz brotó con fuerza del pequeño aparato—. Tenemos linternas. Somos mujeres 100. Podemos sobrevivir...

—¡Sin los hombres! —corearon las demás, acabando la frase que solían gritar cuando se encontraban en una situación peliaguda. Eran un grupo cerrado de amigas con las que compartían todo, con las que lo pasaban genial y podían hablar de todo y de nada, disfrutando de los largos silencios cuando tomaban cafés, o de las charlas interminables cuando una de ellas tenían problemas.

—Tú si que eres la ostia, Andrea —gritó Nayla, riéndose en alto, mientras rebuscaba en su maxi bolso, a la búsqueda y captura de su móvil nuevo.

Las que tenían esa opción la buscaron y encendieron las linternas. Era una luz tenue pero al menos podían ver algo.

—No es mucha luz pero al menos no iremos como topos por el túnel.

Con pasos lentos, se adentraron en la atracción, en fila india, una tras otra, teniendo mucho cuidado donde pisaban, iluminando con los móviles el suelo.

—¡Ah! —el grito rasgó el silencio.

Todas iluminaron donde Nayla miraba. Se sobresaltaron al ver el monstruo de color verdoso y expresión furiosa. Una horrenda criatura más alta que ellas, con los brazos extendidos y las fauces abiertas mostrando unos grandes, curvados y blanquecinos colmillos.

—Sólo es un muñeco Nayla —dijo Andrea, acercándose para tocarlo. Parecía cartón piedra pintado con cuidado. Era muy real.

—Ya, todos son decorados, pero ¡coño! Dan miedo.

Dos gritos más tarde, llegaron al final del túnel.

—Que raro —murmuró Andrea palpando la masa viscosa que obstruía la salida —. ¿Y eso que será?

Lydia se acercó y tocó la barrera. Al tacto era fría, pegajosa y cubría toda la salida.

—No tengo ni idea, parece plástico mojado.

—Igual tapan la salida para que nadie se cuele —sugirió una de las chicas.

—¡Ya! ¿Y por eso fuimos capaces de entrar? Tapan la salida, ¿pero no la entrada? Eso no tiene sentido —replicó otra, iluminando con su móvil la extraña capa que tenían delante.

—Pues dime bonita, ¿Qué coño es?

De fondo, Andrea escuchó la discusión de las chicas, pero ellas las ignoró y siguió tocando la suave superficie. Cuando la rozaba parecía que se movía, que la buscaba, que ardía bajo su toque.

Empujó hacia delante, movida por la curiosidad, y atravesó con la mano la barrera. El cosquilleo que se sintió desde su mano viajó velozmente por todo el cuerpo, para luego centrarse en un punto de su anatomía que la dejó a un paso del orgasmo. Fue como si tuviese dentro de ellas unas super bolas chinas mágicas que la dejaron a un paso de correrse sin llegar a tocarse.

—¡Oh, Dios mío! —gimió, acallando de esta manera la discusión.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué gritaste?

—No me jodas que al final te has puesto las braguitas vibrador y todo este tiempo has estado con ellas.

Andrea no tuvo tiempo de responder a ninguna de aquellas preguntas.

El alcohol hace estragos, muchos. Y más sobre el equilibrio y la percepción de la distancia, por eso acabaron tropezando unas con otras, que se movieron al mismo tiempo hacia Andrea, y acabaron cayendo hacia delante, con la sorprendida futura esposa a la cabeza.

Todas fueron engullidas por la barrera que se estiró y las cubrió, con su viscosa sustancia.

Antes de desaparecer, Andrea gritó:

—¿Qué cojones pasa?

## Capítulo 2

Rourik no podía creer lo que estaba viendo. Si no fuera por el punzante dolor que se le acumulaba en la creciente erección, que presionaba contra el cuero de su pantalón, creería que estaba teniendo un sueño húmedo.

Asu espalda, escuchó como los miembros del clan se acercaban. El temblor los había alertado a todos, pero el dulce olor a hembra era lo que les había llamado, lo que les había instigado a acercarse haber que estaba ocurriendo. Ese olor...le estaba volviendo loco, a un paso de jadear como un perro en celo.

Rourik paseó la mirada por el extraño grupo de mujeres que apareció a los pies de la montaña que en antaño servía de portal entre su mundo y el de los mortales. Eran jóvenes y gritaban señalando todo lo que las rodeaba, pero a él poco le importaba el grupo. No podía apartar la mirada de la mujer que vestía de blanco.

Con aquel vestido, suelto pero a la vez que le marcaba allí donde tenía curvas, dejando las piernas al descubierto, era una tentación que lo estaba poniendo más cachondo de lo que ya estaba.

No pudo evitar jadear en alto. La deseaba. Intensamente. Quería ponerse de rodillas ante ella y enterrar la cara en su vientre. Emborracharse de su dulce aroma, antes de tomarla hasta que los dos explotaran un par de veces.

Tenía que ser suya. Sólo suya. No iba a compartirla con nadie. Ninguno de sus hermanos la iba a tocar. Iba a ser...

Con la idea de ser el único en tenerla, Rourik avanzó hacia ella.

Al principio con pasos rápidos, pero al escuchar como los demás Satyres estaban a unos pasos de él, acabó corriendo, alcanzando a su apetitoso objetivo en apenas unos segundos.

El grito que profirió la mujer al ser alzada, le calentó más, provocándole un irrefrenable deseo de tumbarla en el suelo y hacerla suya hasta saciarse de su aroma, de su sabor, del calor que le provocaba su sola presencia, sin importarle quien estuviese a su alrededor.

Ignoró aquella sensación que le instaba a poseerla con urgencia, y la apretó contra si. No iba a permitir que los demás Satyres la viesan, que pudiesen correrse mientras se tocaban contemplándolos mientras follaban. No quería miradas indiscretas, ni espectadores jadeantes, la iba a hacer suya en la intimidad de su cabaña, saboreándola a fondo, con pausa, deleitándose con ella.

—Mía —gruñó antes de marcarla. Hundió sus colmillos en la sueva piel de su cuello, probando su sabor. Con aquella marca los demás sabrían que no podían tocarla, que la había elegido para ser la madre de sus hijos, que le pertenecía y si las demás mujeres dejaban de golpearle e insultarle la llevaría a su cabaña para demostrarle que era suya.

—¡Suéltala violador!

Un puñetazo contra su espalda.

Una patada muy cerca de su endurecida polla.

Rourik no la soltó, seguía con los labios lamiéndole la marca de sus colmillos, probando el sabor de su dulce sangre.

—Maldito loco, ¡déjala en paz!

Esta vez le dieron una patada a la altura de los riñones clavándole algo duro que le hizo daño.

*Eso me dejará marca.* Masculló a sus adentros, aferrando con más fuerza el valioso tesoro que tenía en sus brazos.

Cuando ya creía que seguirían usándolo como saco de entrenamiento, llegaron varios Satyres que no perdieron el tiempo.

—¡Pero que...! —gritó una de las mujeres al ser alzada en



brazos.

Rourik soltó un gruñido ante la presencia de los demás. Estos captaron el mensaje y no se acercaron a donde estaba. Una a una, las mujeres fueron capturadas por los Satyres que llegaron hasta la entrada de portal.

—¡Suéltelas! —gritó la mujer que sostenía, cambiando el hijo de puta te voy a castrar, suéltame, por variopintos insultos y esta vez dirigidos a los demás machos.

—Silencio, preciosa. Ellas van a estar bien.

La mujer se tensó en sus brazos, como si el simple echo de escuchar su voz la sacara de un sueño que creía estar viviendo.

—Déjame ir, por favor, no me hagas daño.

¿Hacerle daño? No, no iba a dañarla. Iba a amar cada centímetro de su cuerpo, a colmarle de un placer que quedaría grabado en su alma.

—Te he marcado como mi hembra — comenzó a explicarle, después de liberarla, dejándola en el suelo, sin llegar a soltarla del todo, al tenerla sujeta de la cintura con uno de sus brazos.

El puñetazo que recibió en la nariz le provocó un dolor atroz que hizo que su gran amiguito se calmara un poco.

—¿Pero que haces? —bramó, palpándose con la mano libre la nariz.

Andrea no podía creer su suerte, la de sus amigas, habían caído a través de una barrera que parecía plástico mojado y cuando el mundo dejó de dar vueltas se encontraron en una villa que tenía el encanto de un pueblo de película. Con verdes prados que se perdían a la vista, pequeñas cabañas de madera, flores de colores salpicando el horizonte...

Y antes de que pudieran comenzar con las especulaciones – por ejemplo, si le habían puesto alguna clase de drogas en el alcohol – se quedaron sin habla al ver a un hombre tan alto como una puerta, vistiendo tan sólo un pantalón de cuero que no dejaba nada a la imaginación, corriendo hacia ellas.

Era grande...y no sólo por su altura, o su fuerte complexión.

Andrea no pudo evitar observarlo bien. La luz del día le mostraba con claridad que era el hombre más hermoso que había visto en su vida, con largos cabellos dorados atados en una coleta baja, pómulos prominentes, un abdomen marcado que la llamaba a gritos y...

Cuando le miró a los ojos no pudo acallar el jadeo que brotó de sus labios.

Unos ojos amarillos que la caldearon por dentro, que le provocó que el corazón estallara en su pecho y sus braguitas se humedecieran.

El deseo y la necesidad de sentirle dentro de ella fue tan fuerte que la asustó, y la sorprendió a partes iguales.

En su vida nunca había sentido algo parecido. Un deseo tan intenso, tan crudo, tan pasional que le temblaban las rodillas y se le reseco la garganta.

Pero el deseo fue acallado por el miedo cuando el hombre se plantó frente a ella, y la levantó del suelo, recostándola contra su cuerpo, quedando su rostro a la altura de su cuello. Las palabras que iba a gritarle se quedaron en nada cuando sintió como la mordía el cuello, después de gruñir en alto con una voz grave y candente que era suya.

El miedo la paralizó unos segundos pero luego gritó y se removió en sus brazos al ver el esfuerzo de sus amigas de liberarla. Pero todo fue en vano, el hombre la sujetaba de tal manera que era una roca que no se movía, que no la iba a soltar.

No pudo evitar gritar de terror al ver que llegaban más hombres y se llevaban a sus amigas. Era una locura lo que estaba pasando. No podía creerlo, pero era real, por mucho que su mente le dijera que estaba en un sueño. El dolor y el deseo que sentía le confirmaban que aquella locura era muy real.

La única que no parecía aterrorizada era Lydia, quien se dejó llevar mientras decía que eran mejores que los boys a los que iban a visitar mañana. Sus carcajadas se escucharon por el valle, mientras se alejaba en brazos de unos de los que la escoltaban.

—¡Suéltame! —repitió Andrea, arañándole los brazos a su captor. Ella no estaba tan borracha como Lydia como para pensar que todo eso era un sueño y que bien podía disfrutar del mismo, o que iba a lanzarse a la aventura sin importarle las consecuencias.

Quería regresar, aparecer en la puerta de salida del túnel junto a sus amigas y reírse de todo.

Rourik se negó a soltarla. Sentía la nariz dolorida, pero no iba a soltarla.

La apretó con más fuerza, percibiendo las palpitaciones de su corazón, inundándole la fragancia que desprendía.

—No voy a soltarte. Atravesaste el portal para caer en mis brazos. Eres mía, y en cuanto te lleve a mi cabaña, te lo demostraré.

Andrea se mareó. Por un lado el miedo la dejaba paralizada y por otro el deseo que cosquilleaba en su interior la ponía tensa y al borde del abismo. Pero el miedo en esos instantes fue más fuerte que el deseo.

—¡No! No me llevarás a ningún lado —se removió en sus brazos, golpeándole de nuevo. Una y otra vez —¡Déjame! —por mucho que tirara hacia atrás o le golpeará no se movía ni un centímetro —¡Policía! ¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Rourik estaba cansándose. Podía oler su excitación, su necesidad. No comprendía porque demonios se resistía de aquella manera. Estaba seguro que por el mero echo de atravesar el portal - cuando éste había permanecido cerrado durante más tiempo del que quería recordar- creía en ellos, en su raza, en lo que representaban en el mundo humano : "el deseo carnal".

Aquellas mujeres debían ser sacerdotisas consagradas al deseo. La banda rojiza que casi todas llevaban puestas y en las que se leía la frase "Mujeres cachondas en busca de diversión", junto con las extrañas diademas que portaban algunas y que no eran más que unas pollas erectas, eran pruebas más que suficientes para confirmarle que eran sacerdotisas.

Ahora bien, ¿por qué demonios se resistía tanto? Porque si sus

oídos no le fallaban, los demás tampoco no lo tenían fácil, las mujeres no dejaban de gritar llamando a algo que sonaba como policía y fbi.

Rourik la apretó contra él, impidiéndole de esta manera que siguiese dándole puñetazos. Presionando su cadera contra el vientre de ella, mostrándole cómo estaba ante su presencia.

Duro.

Como una piedra.

—Lo único que necesitas es esto —movió la cadera hacia delante, ahogando el jadeo de placer. Le volvía loco. Con urgencia.

Andrea se quedó sin habla. Debía estar loca, el alcohol o la falta de sueño,... o que hacía tres meses que estaba en “sequía”, porque por mucho que su parte racional le gritara que estaba siendo arrastrada por un hombre que no dejaba de gruñir y olisquear el aire, y que claramente tenía la intención de follarla, estaba excitada y húmeda, sintiendo un hormigueo en su vientre que lloraba por una buena sesión de sexo puro y salvaje.

Anhelaba sentirle dentro, bombeando con fuerza hasta que el mundo explotara a su alrededor.

Era ridículo y peligroso. No podía sentirse excitada de aquella manera, pero la humedad entre sus piernas, el cosquilleo en su vientre y el corazón desbocado le indicaba que era una loca con ganas de SEXO.

Salvaje, duro, agotador, pasional.

*¡No! ¿Estás loca? Estábamos en el túnel del terror y acabamos en este...Miró a su alrededor. El sol acariciaba su piel, el olor a flores, el pueblo a lo lejos....*

—¿Dónde estamos? —preguntó en voz baja para si misma, sin esperar realmente una respuesta.

—En el Reino Satyres.

Andrea le miró a los ojos.

Rourik se había detenido al lado de su cabaña. La prefería así, tranquila, sin que le golpeará o le gritara una vez cada dos minutos.

—¿Satyres? —los ojos de ella mostraban sorpresa, incredulidad y una pizca de burla—. ¿Estás de coña, no?

No comprendía aquella expresión. El único coño que quería era el de ella.

—Estás en mis tierras, apareciste junto a las demás a través del portal —lo señaló con un gesto de cabeza.

¿Portal? Al mirar hacia donde él señalaba la dejó boquiabierta. A través del agujero del tamaño de una puerta de un estadio de fútbol se veía una barrera de un color plateado. La reconoció al instante. Era la que había tocado en el túnel y...

*Por la que caímos cuando tropezamos.*

Comenzó a transpirar y a respirar con dificultad.

*Tranquila, debes tranquilizarte. Esto debe ser una alucinación. No puede ser real. Debí golpearme la cabeza y ahora estoy soñando, o...*

¿A quien quería engañar? Si que era real, una pesadilla pero real.

—Respira. Toma aire con calma. Así, muy bien —la voz de él traspasó el escudo que alzó ante el ataque de ansiedad. Cuando pudo enfocar con claridad y respirar con calma se encontró con aquellos ojos dorados que mostraban en esos instantes preocupación.

—Te juro por mi vida que no te haré daño. Los dioses me han bendecido con tu presencia. Eres la mujer que esperaba, la que me hará revivir.

Boquiabierta, emocionándose con cada palabra – por dios, bien podía ser escritor o poeta- le vio cómo acercaba su rostro lentamente.

Estaba a punto de besarla.

—Eres mía, y cuanto te tome no querrás nada más.

Que la llamen trastornada, pero una parte de ella ansiaba saborear el placer que destilaba sus palabras.

Antes de que su conciencia le recordara a gritos que estaba prometida, que no podía dejarse llevar por el deseo, por mucho que la

tentara, el beso llegó y con él el mundo se fue a la mierda.

Mientras esos calientes labios la devoraban, el tiempo se detuvo, el corazón le bombeaba con violencia, y las llamas la derritieron por dentro a un paso de que estuvo a punto de caer al suelo al fallarle las rodillas.

—Mia —susurró cortando el beso.

Que la acusaran de loca, de infiel, de perturbada por desear a un hombre que decía ser de otra raza, perteneciente a un mundo desde el que llegó a través del túnel del terror, pero no podía acallar la salvaje necesidad de sentirle dentro, de perderse en el placer que prometía, de ser...

—Tuya —murmuró en voz baja, sin ser consciente de haberlo dicho en alto.

Tenía claro que cuando el fuego que ardía en su interior se apagara, se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer. Ya se arrepentiría, pero...en esos momentos y ante la ardiente mirada de él, el mundo se podía ir a la mierda porque ella se lo iba a pasar muy, pero que muy bien.

## Capítulo 3

No podría saciarse nunca de ella. Cuando la probó, cuando la besó, estuvo a punto de correrse. Era una mezcla de fruta y alcohol que le volvió loco.

Quiso más. Profundizó el beso, lamiéndola, jugueteando con su lengua, mordisqueándola, memorizando su sabor.

—Mía —susurró separándose unos segundos.

No podía haber elegido mejor cuando la marcó. Era hermosa, con una belleza que te sacaba el aire, y te provocaba el irrefrenable deseo de poseerla y en aquellos momentos con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios hinchados y enrojecidos era la imagen de la tentación.

Y el poco control que aún ejercía sobre si mismo se quebró cuando la escuchó susurrar:

—Tuya.

Era lo que necesitaba oír para perder el control, para alzarla en brazos y cargarla hacia el interior de la cabaña. Abrió la puerta de una patada y la metió a su hogar, su refugio cuando quería esconderse del mundo, del destino que le tocaba vivir.

Antes de llevarla hacia la cama, cerró la puerta con un golpe de pie. Quería privacidad, que sólo fuese él quien la viese desnuda, disfrutara de los tesoros que ocultaba bajo el blanco vestido que llevaba puesto.

Nunca había sido posesivo, no era propio de su raza. Para un Satyre el sexo era como comer o beber, y en cuanto sentían ganas tomaban a la primera golem que se cruzara en el camino sin importarle dónde o con quien más estuviesen en esos momentos.

—Tan hermosa —susurró al tiempo en que la contemplaba estirada sobre la cama, con los cabellos esparcidos por la almohada.

Nunca antes – ni con su prometido- se había sentido tan deseada.

Nerviosa y excitada, le vio quitarse el pantalón de cuero que llevaba.

—¡Oh, Dios Mío! —no pudo evitar murmurar sin poder apartar la mirada de aquella,..Aquella...GRAN verga erecta, dispuesta al ataque.

Rourik sonrió con orgullo al tiempo en que respiraba hondo marcando así su trabajado abdomen.

La hambrienta y sorprendida mirada de ella le llenaba de orgullo.

—Eres tan...—nunca en sus treinta y cuatro años había visto un miembro de ese tamaño. Debía medir cerca de los 25 o 30 centímetros y el grosor era del tamaño de 4 dedos. Era imposible que le entrara aquello, que pudiese metérsela entera.

—Y será toda tuya. En cuanto te arranque ese vestido que llevas.

Estaba húmeda, tan excitada que no quería preámbulos, lo quería sobre ella, empujando con fuerza. Quería ver si podía llenarla por completo, volviéndola loca con sus embestidas.

*Estás loca, Andrea.* Pensó sintiendo remordimientos, que se apagaron en cuanto él se tumbó sobre ella.

En ese momento su mente se desconectó y fue el fuego que ardía en su interior quien tomó el control.



—¡Oh, Dios! —volvió a gemir al sentir como la acariciaba lentamente desde el vientre hasta los pechos.

Quería devorarla. Besarla de pies a cabeza. Acariciarla. Hundir el rostro entre sus piernas y lamerla hasta saciarse de su sabor.

No iba a perder ni un segundo.

—Voy a lamerte —paseó una mano por los humedecidos pliegues que encontró entre sus muslos—. Hasta que te inunde el placer.

Descendió depositando pequeños besos por el tembloroso cuerpo de ella, sin dejar de acariciar levemente sus pliegues, apenas un roce suave, volviéndola loca.

Era una tortura que la besara de ese modo, como si fuese lo más preciado para él. Que le acariciara el interior de sus muslos y los labios de su coño, encendiéndola pero sin llegar a tocarla íntimamente.

Quería que se dejara de juegos, que metiera aquellos torturantes dedos dentro de sus pliegues, dentro de ella, que pellizcara y jugara con su clítoris, y que cuando no pudiera soportarlo más, la clavara contra el colchón con embestidas profundas y poderosas.

Con los ojos entreabiertos, Andrea se quedó sin aire al verle descender, depositando dulces besos a lo largo de su cuerpo, hasta detenerse en su vientre. Ahí la dejó de tocar, y lo único que le dijo con voz enronquecida, fue:

—Abre las piernas —en cuanto lo hizo, él se colocó entre sus muslos. Apoyó las manos en sus carnes y tiró hacia fuera, abriéndoselas más—. Tan hermosa.

Andrea se ruborizó y cerró los ojos avergonzada. Aún con los ojos cerrados podía verle en su mente, observándola con voracidad, como si estuviera a punto de relamerse ante lo que veía.

En su vida, nadie la había devorado con la mirada, haciéndola sentir la mujer más hermosa del planeta.

La vergüenza que sintió al estar tumbada en aquella cama, desnuda, con las piernas abiertas y la luz del día inundando cada

rincón de aquel lugar, se evaporó en cuanto comenzó a lamerla.

Desde el momento en que la caliente y electrificante lengua comenzó a acariciarla, no pudo pensar en nada más, sólo dejarse llevar por el placer.

Ella sabía a miel, a inocencia.

Quería más.

Inundarse con su sabor.

Beber de ella hasta emborracharse de aquella dulzura.

Aspiró con fuerza, sin dejar de lamerla. Dulce. Embriagador.

Pura tentación.

Adictiva.

Se centró en el pequeño botón sonrosado, dándole pequeños toques con la lengua. Con cada toque la mujer gemía y temblaba en sus manos, alzando la cadera en busca de más.

Se lo daría.

Atrapó el palpitante clítoris entre sus dientes y lo mordisqueó con cuidado. Ella jadeó en alto y se removió, gimiendo con voz rota:

—¡Oh, Dios! Más,...más...

Después de torturarla unos segundos, tironeando y chupando su clítoris, acompañó esta dulce tortura liberando la mano derecha para acariciarle la húmeda y sensitiva entrada.

Delineó el ansioso agujero, un par de veces antes de penetrarla con un dedo. Estaba apretada. Las paredes le oprimían, chupándole, buscando más de él.

—Tan prieta —murmuró.

—¡Sí! ¡Más! —gimió en alto Andrea, arqueando la espalda, levantando la cadera al sentirle dentro.

La estaba volviendo loca. Colmándole de un placer que no conocía, que ansiaba. Crudo. Salvaje. Éxtasis puro. Recorriéndole todo el cuerpo, elevando la temperatura del lugar, alterando el ritmo cardíaco y su respiración, volviéndola agitada.

Exhaló en alto cuando un segundo dedo la penetró, estirándola, acariciándola, excitándola.

—¡Oh, Dios, sí!

Rourik estaba a punto. Pero antes de poseerla, quería que se corriese, que probara su primer orgasmo a manos de él. Pero le estaba torturando con sus gemidos, con su dulce aroma, con sus contoneos.

Quería hundirse dentro de ella, embestirla hasta que le ordeñara con su apretado coño.

Mordisqueó una vez más la abultada y palpitante perla, al tiempo en que movió los dedos hacia arriba, golpeando sucesivamente un punto que la hizo gritar de placer.

Andrea gritó por la sorpresa. No tenía ni idea que podía sentir tanto, ya que aquellos mágicos dedos la estaban torturándola, haciéndola conocer el más increíble placer, que nunca saboreó en su vida. La tensión que se centraba en su coño explotó, extendiéndose por todo el cuerpo, como lava ardiendo, que hizo que jadeara sin parar y se perdiera en el intenso y demoledor orgasmo.

Rourik apretó los dientes, luchando contra la imperiosa necesidad de embestirla en esos momentos y derramar su leche, cuando sintió como las paredes de la vagina le apretaron los dedos. Siguió acariciándola internamente, golpeando hacia arriba, separándose levemente para ver su cara de placer.

Cuando el orgasmo remitió un poco, Andrea abrió los ojos y se lamió los labios. Estaba hambrienta, quería más. Aquel primer asalto la había dejado con ganas de más.

El control que ejerció Rourik sobre su cuerpo para no penetrarla se quebró del todo cuando retiró los dedos y los vio mojados con el dulce néctar de ella.

—¡Por los dioses no puedo esperar más! —masculló en alto con voz enronquecida, posicionándose entre las piernas entreabiertas de la exhausta mujer.

Con la respiración agitada y una agradable sensación de ingravidez dentro de ella, fruto del bestial orgasmo que saboreó, jadeó

en alto al ver como le abría más las piernas y se posicionaba sobre ella.

—No puedo esperar más —su voz sonó ronca, como surgida del fondo de un oscuro barril.

Andrea se mordió el labio. Debería sentir remordimientos, que una voz dentro de ella le gritara que era una zorra por engañar al que sería su marido, pero no le amaba, le gustaba eso sí, pero no le había entregado su corazón. Le gustaba la vida que podía llevar a su lado, la seguridad que experimentaba cuando estaba con él. Pero en esos momentos no quería seguridad, monotonía, quería hundirse en la vorágine que era el placer carnal. Quería lanzarse a la locura y dejarse devorar por completo.

Le miró a los ojos. El calor la inundó por dentro. Después de saborear el mayor orgasmo que probó en su vida, estaba sensible, pero aún así quería sentirle dentro, embistiéndola con su gruesa e inmensa polla.

Alzó la cadera y gimió:

—Necesito...

No hizo falta que dijera nada más. Rourik sólo esperaba un leve gesto de aceptación, que le indicara que le deseaba como él lo hacía.

Delineó la húmeda y ardiente entrada con la cabeza de su dolorida y ansiosa polla.

Al ver que ella se movía hacia arriba, buscando que la penetrara de una vez sonrió abiertamente. Lentamente, ansiando saborear plenamente aquella primera unión, Rourik comenzó a sumergirse, conquistando cada centímetro.

Andrea gimió de puro placer. El dolor y el éxtasis se mezclaron, provocando una explosiva combinación que la estaba volviendo loca. Quería más. Lo quería todo. Dentro de ella. Sobre ella. Aplastándola con su peso contra el colchón. Embistiéndola con fuerza, marcándole por dentro.

Como si leyese la mente, una vez que lo acogió completamente, comenzó a moverse, penetrándola con profundas estocadas.

Le rodeó con las piernas e intentó seguirle el ritmo, alzándose con cada embestida, buscando sentirle más adentro.

Rourik estaba en el cielo. La vagina le acogía como si fuera un guante echo a su medida. Engulléndolo con avidez, exprimiéndole hasta rozar el dolor al retrasar la corrida.

—¿Te gusta esto? —preguntó con voz enronquecida, perdiéndose unos segundos en la febril mirada de ella.

—Cabrón —susurró a su vez Andrea, abrazándole para que se tumbara sobre ella. Quería que la aplastara con su peso mientras la partía en dos con cada embestida. Lo quería duro, que el cuerpo se quebrara por el placer. La ternura quedaba para otro momento.

Rourik sonrió, hundiendo el rostro contra el expuesto cuello de ella. Sin dejar de embestirla, le mordisqueó la suave piel para luego lamérsela. Ante los jadeos entrecortados de ella, y por el hecho de que le estaba clavando las uñas en la espalda, supo que el cuello era un lugar especial, que la volvía loca. Recorrió con la lengua, la palpitante vena de su cuello, lamiéndosela mientras le acariciaba el pecho derecho, deseando pellizcarle el erecto pezón que le tentaba.

Mantenía el brazo izquierdo doblado al lado del cuerpo de ella, haciendo fuerza para así evitar aplastarla con su peso.

—¡Oh, Dios, sí! Quiero más. Sí, sí, sí...—sorprendiéndose Andrea al notar que estaba a punto de nuevo. Que nuevamente el calor se concentraba en su vientre, amenazándola con extenderse al resto del cuerpo.

Rourik le mordió el cuello con suavidad, embistiéndola con más ímpetu, provocando que la cama crujiera.

—¡Oh, sí, sí, sí! —jadeó la joven con voz entrecortada, cerrando los ojos y arañándole la espalda mientras le apretaba contra ella. Al sentirlo tan cerca, rozándole, masturbándola con cada embiste, al estimular su sensitivo clitoris, Andrea se sintió a un paso de volverse loca, de quemarse viva.

Rourik cerró los ojos y permitió que su cuerpo tomara el control. Comenzó a gruñir y a jadear en alto, acompañando los agudos

gemidos de ella.

Estaba a punto de correrse, de inundarla con su leche, pero antes de dejarse llevar quería que ella alcanzara la cima del placer de nuevo, que le apretara con las paredes de su ávido coño, exprimiéndole hasta el último de sus jugos.

Estaba a punto...

Estaba...

Andrea gritó al ser sorprendida por un nuevo orgasmo, que tensó su cuerpo unos segundos al tiempo en que el calor que recorrió cada rincón de su cuerpo, la abrasara por completo. La vista se le nubló, el corazón golpeaba con fuerza contra el pecho, Andrea se dejó caer exhausta en la cama.

Rourik siguió embistiéndola con fuerza, aplastándola contra el colchón, hundiéndose profundamente.

Cuando las paredes de su vagina la apretaron con fuerza, se dejó llevar, corriéndose, inundándole con su leche.

Dicen que hay mujeres que sienten el chorro de semen cuando el hombre se corre dentro, ella nunca lo sintió, hasta ese momento y fue...

Mágico.

Excitante.

Adictivo, porque quería volver a sentirlo, quería que la volviera a tomar, cabalgarle, sentirle a su espalda, chuparle y probar su sabor.

Le deseaba de una manera salvaje, que la hacía sentir deseada, poderosa, la mujer más hermosa del mundo ya que ese pedazo de hombre había perdido el control con ella, por su cuerpo, disfrutando como si no hubiese un mañana.

—Perfecto —susurró con voz adormilada, dejándose llevar por el cansancio. Antes de quedarse dormida, él se movió y se acostó a su lado, arropándola con las mantas que había enrolladas a los pies de la cama.

Antes de perderse en la oscuridad, escuchó:

—Tú si que eres perfecta, *maymnayla*[\[1\]](#).

Andrea se quedó dormida luciendo una sonrisa en su rostro.

Lo que había comenzado como una tradición – como es la despedida de soltera -, le había mostrado que su cuerpo sí era capaz de explotar, si quien estuviese con ella sabía donde tocarla y cómo.

El sexo era adictivo.

Y ella temía aficionarse al fuego que sentía en los brazos de aquel extraño, de aquel....

Satyre.

**FIN (¿?)**

Próximamente, mucho más....





# FANTASÍAS OSCURAS

# GLOSARIO

**Despertar a la pasión:** de la autora Julie Garwood, el protagonista le da a su mujer una nota con palabras cariñosas para que ella elija cuál le gusta más y así memorizarlas.

**Cruising:** término inglés que define la actividad de buscar sexo en lugares públicos como parques o descampados.

**Gideon:** Gideon Cross, personaje ficticio perteneciente a la trilogía de Crossfire de la autora Sylvia Day.

**Ginseng:** es una planta pequeña de la familia Araliaceae, la raíz la cual se utiliza tradicionalmente en la medicina china tiene propiedades estimulantes y se le atribuyen (además de otras propiedades medicinales) efectos afrodisíacos.

**Grey:** Christian Grey, personaje ficticio perteneciente a la trilogía Cincuenta Sombras de la autora E.L.James.

**Lion Romano:** personaje ficticio perteneciente a la novela Amos y Mazmorras de la autora Lena Valenti.

**Shannon McKenna:** autora americana de novela romántica. Su novela Tras las puertas es el primero de la serie CONNOR&CIA publicada en España por la Editorial Manderley.



# PRÓLOGO

Debo de dejar de leer novelas eróticas...bueno no, eso no, que me puede dar algo, no podría con el ANSIA por saber qué pasa, qué sucede, cómo enamora a la protagonista (y de paso a mí un poquito lo reconozco, que suspiro cada vez que leo una escena de amor), pero lo que sí debo de dejar de hacer es probar a hacer una escena...con mi marido. O más bien...dejar de soñar con realizar alguna escena con mi esposo.

¿Por qué todo este rollo? Porque la vida real es muy diferente a lo que leemos, en la vida real hacer el amor a la luz de la luna es súper romántico (y de paso la maldita celulitis, las estrías y esas odiosas pecas que cada año me salen se difuminan milagrosamente por la tenue luz que se proyecta a través de las cortinas), en las novelas lo es, con la luz encendida, devorando los marcados abdominales de él y los turgentes pechos de ella....

Como no tengo un cuerpo 10, ni tampoco lo quiero que adoro el chocolate y me convertiría en un troll con melena si me tengo que poner a dieta, prefiero mis michelines a pasar hambre el resto de mi vida, pues hay que buscar el modo de hacer pasar por alto los pequeños/gran defectos que podemos tener todas. Como siempre nos dicen, hay que saber nuestros puntos fuertes para potenciarlos y los puntos débiles para minimizarlos con ropa y maquillaje.

Pues bien, después de leer varias novelas de esas súper ventas en todas partes y eróticas a más no poder, estaba mojada, húmeda, con unas ganas locas de que llegase mi maridín a casa y me cogiese en el sofá, en la mesita de la entrada, en la mesa de la cocina, en la cama, vamos...donde más morbo nos diese, pero....

¡Oh, Dios!

Me miré hacia abajo con los ojos abiertos de la sorpresa y el horror.

¡Estaba sin depilar!

No soy la mujer lobo, pero tengo bastante pelo, y como quiero que esta noche sea súper especial voy corriendo al baño a depilarme.

Me gustaría poder llenar la bañera, tirar unos pétalos de rosas y fragancias para tener un momento especial y salir oliendo a diosa del paraíso...pero tengo una ducha de plato, unos.... ¿cuánto mide?

Espera que lo mire.

40x40cm más o menos. Así que no hay modo de que pueda bañarme como una diosa, habrá que hacerlo como una mujer que vive en un piso de 80 metros con su marido y su tortuga Zape.

Nada más entrar me fijo que una de las bombillas del baño parpadea.... la muy hija puta se está muriendo.

NOTA MENTAL: no comprar más bombillas en los chinos, de comprar mejor una buena en el IKEA...aunque sea made in china, así al menos si se muere tendré a quien poner a parir cuando me quede a oscuras en medio del baño.

Me miro en el espejo e intento imaginar qué pensaría Grey si me

mirase....

—Eres la diosa de mi vida, con tus....pechos llenos (por no decir grandes, sí, los tengo grandes...), tus ojos vivaces (con unas ojeras acuciantes, y unas pequeñas arruguillas que me niego a mirar, si las ignoro, no están) , tus carnosos labios (bueno, no tengo queja, mi marido está muy feliz con mis labios jajajajaja), tus....redondeadas mejillas (sip, tengo cabeza manzana, me gusta la forma de mi cabeza), tu hermoso y largo pelo color.... cof cof (Grey habría sabido el color exacto de mi pelo, para mí es entre marrón claro, oscuro y con algunas canas....) y...

Mejor no sigo, que me pongo a examinarme y siempre consigo deprimirme, no tengo el cuerpo que desearía pero estoy feliz con el que tengo, después de todo si no me quiero aunque sea un poco quien me querrá, además, mi marido me sigue diciendo varias veces a la semana que estoy muy guapa, y con eso me siento la mujer más hermosa del mundo.

Me desvestí lentamente sin dejar de mirarme en el espejo.

¿Qué diría Gideon si me viese?

Él me juraría su amor eterno, ocultaría el dolor de su pasado, su fuerza me abrumaría pero me atraparía en sus redes, su toque me haría arder desde dentro, su...

Escucho el teléfono a lo lejos, el estridente sonido me pone de los nervios, parece un gallo afónico. Me miró de nuevo, de arriba abajo, como estoy en bolas no salgo del baño, además ese era MI MOMENTO, que salte el contestador.

Abro el grifo del agua caliente y la regulo, hasta que queda tal y como a mi me gusta, caliente pero que no me hierva como un langostino a la plancha.

Por unos segundos pienso en toda esa agua que se pierde cuando dejamos el grifo abierto hasta que el agua adopta la temperatura que nos gusta, es una pena que no podamos regularla desde su salida para no perder tantos litros inútilmente.

Bajo el chorro del agua, no puedo evitar en recordar algunas escenas de varias novelas que he leído, como Tras las puertas de Shannon McKenna...ummm esa escena en la ducha, con gusto estaría bajo el chorro aunque mi piel se pusiese como una pasa si al final acababa gozando...tres veces, no, mejor cuatro, por pedir que no quede.

Me acaricio lentamente, disfrutando de la agradable sensación de mis resbaladizas manos sobre mi piel, si ya estaba cachonda y con ganas de que mi marido llegase, ahora lo estoy más. Rechazo la idea de tocarme un poco, bueno....mucho hasta estallar en el... mejor orgasmo de ese día por el momento, y rebusco entre los champús buscando el 2x1, no tengo tiempo para lavar el pelo más de una vez y dejar actuar el acondicionador. Cierro los ojos mientras me pongo el 2x1, no puedo negar que es bueno, que deja la melena reluciente y limpia pero el muy jodío pica a morir, si entraba un poquito en los ojos acababa llorando y con deseo de arrancármelos. ¿Es que era tan difícil hacer un champú que no picase?

Una vez que salgo de la ducha, me visto con rapidez mi pijama



de ovejitas casi una talla más grande (¿por qué siempre quedan bien en la cadera pero luego te sobra media pierna?) y me pongo a secar el pelo.

Momento OFF, odio secarme el pelo, creo que se nota ¿no?

Lo seco con rapidez y decido pasar las planchas, no puedo conseguir un efecto de diosa total del sexo con unos pelos de loca, con un volumen que amenaza a parecerse al nido de un ave.

Sin fijarme mucho en lo que hago voy pasando las planchas mechón a mechón, es tedioso. Para que luego digan porqué tardamos tanto en prepararnos, si tuviesen que hacer la mitad de lo que hacemos....

Casi las dejo caer cuando recuerdo que entre pensar en sexo, enjabonarme la cabeza y volver a pensar en sexo, no me he depilado.

Joder.

Toca depilarse en seco, a las prisas y echarse un aceite de aloe vera para que no se note.

Con el pelo a medio planchar, saco la maquinilla de afeitar de mi marido (luego tendré que borrar las pruebas que mira que se enfada porque la uso para las piernas, con lo bien que va su maquinilla), me quito el pijama, las braguitas de algodón blancas, y comienzo a depilarme.

Arriba y abajo, y otra vez, así en las dos piernas. Con mucho cuidado, con mucho...aunch....

Eso dolió.

Pero al final...

Piernas depiladas. Sexys o sexys y... con... (los estoy contando eh, algo de paciencia chicas) con tres cortes en la pierna derecha y dos en la izquierda.

Oh Yeah, récord personal en cortes.

Echo el aceite con prisas, me lavo las manos, no puedo perder tiempo, quiero estar perfecta antes de que llegue (ya sabéis quien ¿no? jajajajaja), me pongo las braguitas, el pijama y acabo de plancharme el pelo, sólo entonces salgo al dormitorio.

Rebuscó en el cajón de la ropa interior (que bien queda llamar así al cajón de las bragas) y saco un camisón que tenía olvidado, uno de esos que me regalan las amigas en plan picantón pero que luego no le hago ni caso....

Saco uno rojo, el color de la pasión, haber si hoy hay mucha... que llevo unos días a palo seco.

Me lo pongo y me miro en el espejo.

Ok, no me queda tan mal, pero prefiero ponerme un sujetador rojo a juego para que no se note que las tengo un poco caídas y unas braguitas negras para haber si así desvío un poco la atención de la barriguita.

Dicho y hecho.

Ahora sí, soy una diosa del sexo.

Hago una coleta alta para lucir mi estilizado cuello, me maquillo un poco, me pongo unos taconazos que nunca uso porque parece que camino como una grulla borracha, y espero nerviosa en el salón.

En nada la piel se me pone de gallina, y no, no por los nervios si

no porque estamos a 15 grados y hace un frío de cojones.

Subo la calefacción y la pongo a 20, tampoco quiero que haga mucha calor.

Ahora sí, a esperarle en el salón.

Vale, que podía lanzar pétalos por el suelo (pero como tendría que barrerlo luego, que él sólo le gusta pasar la aspiradora y los pétalos seguro que la jodía, así que ni loca...), o poner velas encendidas (para que pueda quemar algo o huela la casa a quemado....nop), o bajar las luces (las bombillas no lo permiten pero por soñar que no quede) todo eso sería ideal, pero lo que hago realmente porque me aburro, es sentarme en el sofá y encender la tele.

Bien.

Sálvame delux, a marujerar un rato para ver qué pasa en el país (sí me gusta verlo jajajajaaja) del famoseo.

Miro de vez en cuando el reloj.

Joder lo que está tardando, menos mal que como diosa del sexo estaré caliente cuando llegue con ganas de que me tome en la entrada y...

¿A quien intento engañar? Si estoy a un paso de quedarme dormida mirando la tele.

Lucho contra el sueño, hoy VAA SER EL VIERNES, el día en que me comerá completamente y nos volveremos locos en brazos del otro, el día en que gozaremos hasta que el mundo explote a nuestro alrededor, el día en que...

Holaaaaaaa sueño, bienvenida al mundo de las fantasías en las

que ÉL siempre llega a tiempo, te recibe con una gran sonrisa, te dice que te ama a diario, que eres la mujer de su vida, que si no estás a su lado se muere y que con sólo tocarte te correrás de gusto.

¿Por qué demonios sólo pienso en sexo? Para que luego digan de los hombres...

Oh, sexy o tan sexy..... con lo guapa que estoy...

Menos mal que estoy soñando y no me veo, porque estoy tirada en el sofá con una pierna colgando y la otra estirada, con el mando agarrado con fuerza en mi mano derecha, la coleta torcida al apoyarme completamente contra el cojín y de fondo, la musiquilla del Sálvame resonando por el salón.

Pero la noche aún es joven (bueno no tanto pero en mis sueños el tiempo es infinito) y haber qué sucede cuando llega mi marido.

Quiero sexo, así de simple o le corto los huevos por llegar tarde.



# CAPÍTULO 1

Me despierta el sonido de las llaves en la puerta, medio dormida me asusto pensando por unos segundos que es un ladrón forzando la puerta....sí, soy muy fantasiosa pero nunca se sabe, que ha habido muchos robos en la zona y ya ni en casa estás segura al 100%.

Escucho la voz de Mario (sí, así se llama mi maridín) con un tono claramente cansado.

Oh, no...hoy toca cortarle los huevos por llegar tarde, y por otra noche sin sexo....

—Al fin en casa, joder.

Le escucho trastear en la entrada contra la puerta, por los otros sonidos me imagino que ha dejado caer el maletín al suelo y dejó la chaqueta en la mesita de la entrada (ya lo recogerá luego, porque YO me niego).

Me siento en el sofá y busco una postura que parezca sexy, pero sentada la barriguita se me acentúa, bueno ¡cojones! después de que llegue....Echo un vistazo rápido al reloj y veo que son las once..., dos horas tarde si me dice algo acerca de mis michelines le muerdo y no precisamente dónde a él LE GUSTA.

—Por qué está todo tan oscuro. ¿Estás ya durmiendo?

Oleeee mi Mario, si estuviese durmiendo gracias a tus gritos ya estaría despierta, pero que tacto tienes chatín.

Le veo aparecer en el salón.

—Si estás viendo la tele deberías encender la luz, es malo verla a oscuras y...

Sigo callada, veo como enciende la luz y oh ¡SORPRESA!, se da cuenta de mi atuendo. ¡¡¡¡Bien!!!! Bravo Mario, al fin ves que voy vestida como una diosa del sexo, un poco despeinada y con las marcas de cojín en mis mejillas seguramente, pero una diosa puede ir como quiera, ¿no? y siempre estará PERFECTA.

Le veo parpadear, boquear, pasarse una mano por los cabellos, mirarme de arriba abajo (debería abrir y cerrar las piernas en plan Instinto Básico pero seguro que me saldría como el culo, así que le sigo mirando en silencio manteniendo los hombros lo más tiesos posibles para que el pecho se marque más, no va a ser sólo la Obregón quien tenga esa técnica contra la flacidez en los pechos...).

Estoy a un paso de preguntarle directamente qué piensa de mi aspecto, porque me estoy poniendo nerviosa ante su escrutinio, Gideon, Grey, Lion Romano, y un largo etc se habrían lanzado sin pensarlo dos veces sobre mí para devorarme por completo, mi Mario...

¿A que me iba a "sorprender" con su.... Lo siento cariño pero estoy cansado (léase, sólo quiero dormir, no me apetece, me duele la cabeza, en resumen, NO QUIERO FOLLAR)?

Creo que le voy a meter *gingseng* o como se diga en el café cada mañana haber si desaparece su perpetuo cansancio y al menos toca

un poco de fuego, explosiones, puro sexo dos o tres veces por semana...no dos o tres veces por mes....

—Yo...

Su voz suena tensa.

Como ya me conozco el cuento y la verdad estoy enfadada no sólo por todo lo que he hecho para prepararme, por buscar que nuestro matrimonio tenga más chicha, por buscar tener más vida sexual, por....¡cojones! ¿Porque tengo que ponerme excusas?, sólo quiero sexo y no debo sentirme culpable por pedirlo y sí, me puedo sentir decepcionada por no tenerlo.

Me levanto, me acerco a él que ahora está mirando a un punto por debajo de mi barbilla, bueno...al menos me mira el pecho, el sujetador es bueno y me las levanta que da gusto.

Al final con voz enfadada, no puedo remediarlo, quiero SEXO, no es mucho pedir, me gusta, lo disfruto y lo quiero más seguido. Sé bien que trabaja, que llega cansado a casa, pero luego hablo con amigas que sus Pacos, sus Pepés, les hacen las mil maravillas aún después de llegar de la obra cansados.

Anda que no me muero de envidia cuando tomo un café con las amigas y ellas expresan en alto lo buen amantes que son sus maridos, lo bien que se lo han pasado o las quejas de sus vecinos por sus gemidos y gritos de placer noche tras noche a lo largo de la semana.

Grrrrrrrr

Mario trabaja de abogado en un buffet, si que es cansado su trabajo, pero también trabajo todo el puñetero día en casa y quiero un



poco de atención, haber cómo le va a sentir el día en que quiera y le diga que me duele....el tobillo para innovar que lo de la cabeza está muy visto.

—No te preocupes, estoy cansada también, hoy has llegado muy tarde, te esperaba hace dos horas, voy a cambiarme que quiero ver el final del Deluxe.

Con la cabeza alta y sin mirar atrás pasé por su lado camino al dormitorio. No iba a llorar de la frustración, vale que tenía ganas, pero mi matrimonio no se basaba sólo en el sexo, amaba a Mario y esperaría. Mañana ya me tocaría un poco para apagar el fuego que me quemaba por dentro. Seguiría masturbándome mientras Mario no dejaba de decirme día a día que llegaba a casa agotado y que no le apetecía nada.

Ya no tenían 20 años, tenían 35 y una carga a sus espaldas entre la hipoteca, los casos de Mario, las rencillas con las vecinas marujas, cotillas y metementodas, él llegaba cansado y ella estaba un poco cansada de todo.

Pero no llegué al dormitorio. Mario me atrapó entre sus brazos y me susurró (mierda, él sabe bien que eso me pone más, está torturándome):

—Está noche estás guapa, Naty, me gusta cómo te queda el rojo.

Bien, quizás será por el maratón de erótica que me he metido en el último mes, por la manera de hablar de ellos, de ellas, de.... que le respondí:

—Y ¿Por qué no follamos? ¿Ya no me encuentras atractiva? ¿No

te pongo cachondo? Vale que estás cansado, pero joder, ¡quiero sexo!

Bien, lo debí asustar porque él me soltó al momento. No quería mirarle a la cara, no después de haber hablado tan crudo de lo que me pasaba, de lo que deseaba, porque era una mujer muy vergonzosa que no solía hablar de esos temas, o más bien, no los hablaba con él, si no con las amigas.

—¿Follamos?—repitió él. Muerta de la curiosidad me di la vuelta y le miré a la cara.

¡Error!

Estaba conteniendo las carcajadas.

—Cabrón, no te rías de mí.

Mario me abrazó, y me dijo:

—No me río de ti, cielo, me río porque nunca te he escuchado hablar así y...—un tenso silencio de varios segundos—... me has sorprendido y...

Me separo de él y le miro a los ojos.

—¿Y qué? ¿Qué sucede?

—Que me has puesto cachondo—reconoce finalmente para mi sorpresa.

¿Le he puesto cachondo porque le he dicho que quiero que me folle?

No quiero permitir que la esperanza a que esa se convierta en LANOCHE, así que me centré en él, en cómo estaba reaccionando, en cómo me miraba mostrando sorpresa, alegría, y un brillo extraño (bien, no veo brillos en sus ojos pero queda bien decirlo) que no sabría

identificarlo.

—¿Te he puesto cachondo?

Mario asintió, acariciándome la espalda, deteniéndose unos segundos en mis nalgas...

—Sí, muy cachondo, como dicen los de ahora, estoy palote Naty.

Hice un mohín y con algo de vergüenza digo:

—Pues no sé porqué perdí el tiempo preparándome para...

Mario me besó, wuoooooooooooo puede que no sea un beso de película pero aún después de 6 años de matrimonio aún sigo sintiendo que el mundo se abre a mis pies cuando me besa.

—No has perdido el tiempo, siempre estás guapa para mí, pero hoy estás...

Bien, Mario a pesar de ser de Letras, no es muy dado a los piropos, voy a tener que hacer como en la novela de Despertar a la pasión de Julie Garwood, tendría que hacerle un listado con los piropos que más me gustan, para que se los memorice, y así en lugar de que siempre me dijese que estaba guapa, podría decirme...no sé... estás radiante..., hermosa..., la luz que brilla su camino..., bueno, esto último no, suena un poco...repipi.

—¿Hermosa?

Le ayudo al decirle.

Él se echó a reír y me abrazó con fuerza.

—Siempre consigues sorprenderme Naty.

Bien, le sorprendo, le hago reír, le parezco guapa, pero el caso es....

—¿Pero esta noche hay sexo o no hay sexo? —le acabo preguntando.

De nuevo carcajadas como respuestas, pero sus manos viajan hasta posarse sobre mi culo y noto que se está "despertando".

Oleeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

Oleeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee.

Viva mi Mario y la madre que lo parió, bueno ella no Oleeeeeee nada que es una arpía que no deja de decirme que le robé a su niño cada vez que me ve, pero es su madre y hay que aceptarla tal y como venga, por muy \*\*\*\*\* que sea.

Menos mal que mis dos cuñadas son unos cielos de personas y las quiero como hermanas, que si no....

Pero.... ¿a qué vino esto?

¡Ah, sí!

Oleeeeeeeeeeeeeee mi Mario y su GRAN MARIO.

ESTANOCHE QUIERO SEXO

NOTA MENTAL: se ha librado de que le corte los huevos...por el momento, que luego ya le pediré explicaciones porqué demonios ha tardado dos horas en llegar a casa.







## CAPÍTULO 2

—¿Pero esta noche hay sexo o no hay sexo?

Durante unos minutos mi pregunta sobrevuela (ostias que literaria me estoy volviendo, esto de leer erótica te culturiza..., si hasta sé lo que es el cruising y todo.....algo que por cierto, no haría y si mi Mario se atreve...acaba cantando en el coro por lo agudo que le va a quedar la voz cuando le corte los huevos) la estrecha entrada del piso.

Él me sigue abrazando mientras sus carcajadas van remitiendo, lo bueno es que su GRAN MARIO no ha disminuido de tamaño, así que sin descaro me restriego contra él, metiendo una de mis suaves piernas entre sus muslos para poder tocarle mejor. Delante, atrás. Piensa que eres la más sexy, la reina del baile, la...

Escucho un jadeo. Bien, el movimiento está haciendo su magia. Lo voy a poner cachondo, quiero que esté duro, ansioso, que desee follarme como nunca antes lo hizo (y peor que mañana, que otro día tiene que lucirse no va a ser este el polvo de su vida....o de la mía).

Suelto un gemido, uno de esos que sé que le vuelve loco, y me aprieto con fuerza contra él.

—Mmmm que bien huees.

Le digo con voz enronquecida y olisqueándole a la altura del cuello.



Sí, mi Mario no mide dos metros ni es un vikingo espectacular, es un hombre normal y corriente, con pelo negro, escaseando...pero como yo le digo, son entradas pronunciadas, ojos negros o marrones oscuros según el día, nariz un poco aguileña, cejas bien depiladas para ser hombre (oleeeeeeee mi Mario que quiere ser metrosexual pero es lo único que se depila, probó la cera en el pecho y estuvo un mes como la peli de Virgen a los 40), cuerpo atlético..., bueno lo fue a los 20, ahora tiene un poco de barriguita, no se le marcan los abdominales pero para mí es el hombre más sexy del planeta, (lo siento Vin Diesel, pero Mario es mi marido por mucho que me mires con tus espectaculares ojos, le debo fidelidad...)

—Estoy todo sudado, huelo mal, tendría que ducharme...

¿Y qué te toques en la ducha, o que se te baje por el calor? Noooooooooo nene, de aquí no te me mueves.

—¿Por qué vas a ducharte ahora si luego voy a conseguir que sudes muchísimo?

Vale, en mi mente sonó mejor, ¿Voy a conseguir que sudes? ¿Es que acaso lo voy a poner a fregar el suelo de rodillas toda la noche por llegar tarde? Vamos, que leí muchas novelas pero en ellas las autoras lo hacen mejor....

Mario se separa de mí y me mira a los ojos.

—¿Pero qué te pasa? Hoy estás extraña.

Extraña no, cachonda sí.

—No, lo que pasa es que te echaba mucho de menos, quería que llegases me vieses como la diosa del sexo que soy

y estuviésemos toda la noche follando como cuando tenías 20 años.

Mario me mira con sorpresa y con una mueca que mostraba que se estaba partiendo de la risa por dentro.

—Cuando tenía 20 años no estaba contigo, estaba con...

Le agarré de los huevos. Bien sabía con quien estuvo, pero que me lo echase en cara esa noche NO. Se los apreté y dije:

—Ni se te ocurra hablar de otra en mi cara. Recuerda, eres mío, si me llegas a engañar te los corto—para que viese que hablaba en serio se lo apreté un poco más, que le duela un poco, más tarde le curaría a besitos, a lametazos como él prefiriese.

Pero esa noche mí Mario parecía otro hombre, o tal vez yo le miraba con otros ojos, porque en lugar de quejarse gimió en alto, con un tono ronco, como un gruñido de un animal en celo. Miré de reajo hacia abajo y vi que estaba duro, DURO, vamos que a punto de salirse del pantalón.

Sí, mi Mario pasa de la media, nada de 13 cm, él llegaba a 17 y bien llegados con un grosor que me daba mucho gusto, vamos grande y gordita como nos gusta, seamos sinceras.

Como veo que si le hablo duro le excito más... (parece el mundo al revés que habitualmente por no decir siempre es él quien lleva la voz cantante en las relaciones sexuales que tenemos), le acaricié por encima el paquete con suavidad, haciendo unos círculos pronunciados y murmuro:

—Y esta noche si no me sueltas eso de que estás cansado te lo voy a demostrar.

—¿Qué me vas a demostrar?—repite mirándome con la boca entreabierta y moviendo la cadera sin darse cuenta, hacia delante, buscando más contacto. Sigo acariciándole, aumentando un poco más la presión, maldiciendo por dentro por la rugosa tela que me separa de lo que llevo deseando a lo largo del día, de la semana.

—Que eres mío, completamente, que te voy a comer entero, que esta noche te cabalgaré duro como nunca antes lo hice, que quiero que me tomes con fuerza, contra la pared, contra el suelo, a cuatro patas, como quieras, quiero que me folles, duro, fuerte, que te corras dentro, que me corra como nunca antes lo he hecho, quiero que mañana cuando me levante aún te sienta dentro, moviéndote, marcándome....—mis palabras le estaban afectando mucho, su respiración se hizo más irregular, se movía erráticamente hacia delante sin control, comenzó a sudar y se lamíó un par de veces sus reseco labios. Me puse de puntillas, bien no era bajo pero me sacaba una cabeza y media, le lamí y mordisqueé la oreja antes de susurrarle—. Porque quiero que sepas que soy tuya y tú eres mío, y esta noche quiero que me lo demuestres.

NOTAMENTAL (sí, soy pesada con tantas notas mentales, pero si no las hago me olvido de las cosas): memorizar más frases candentes de las novelas y soltárselas cuando quiera sexo, porque ¡mi madre!, se puso como una moto, me agarró con fuerza, me levantó del suelo y me llevaba hacia el cuarto.

Como esa noche quería que fuese especial, le dije:

—En la cama más tarde, quiero que me llesves a la cocina, que me

tomes contra la mesa, quiero que me devores, que cuando desayunes recuerdes que ahí mismo me follaste con fuerza, que te corriste llenándome con tu leche, que te....

No pude decir nada más. Me besó con fuerza y comenzó a acariciarme por todas partes, desabrochándose el sujetador y arrancándose mis braguitas....Menos mal que las compré en una oferta de Blanco de 4x3 que si no....

Sin dejar de acariciarme me llevó hasta la cocina (ostia igual hasta tengo alma de Dómina y todo.... porque me estaba obedeciendo) y me apoyó contra la mesa, de cara a él.

—Más...—le susurré, mirándole a los ojos.

—Oh, joder nena, estoy como una moto, si no te la meto ahora, me muero.

Buenooooooooo, no era lo que esperaba, la verdad es que me esperaba más.... Si no te saboreo, si esta noche no te hago mía, no podré vivir, cosas de ese estilo. Pero bueno, se lo aceptaba, Mario es Mario y que tuviese tantas prisas me indicaba que lo estaba haciendo bien, y la verdad es que después de pensar todo el día en SEXO, de acariciarme un poco en la ducha y de sentir sus caricias y esos besos abrasadores ya estaba más que preparada. Estaba húmeda, caliente, nerviosa, ansiosa, con unas ganas que....

En silencio me moví y salté hacia el suelo.

—¿Pero qué? ¿No quieres jugar?

Ignoré sus preguntas, simplemente me di la vuelta y me apoyé contra la mesa, ocultando la cara entre los brazos, gracias a los

tacones (suerte que me aprietan un poco si no los habría perdido entre tanta ida y venida...pero es que estaban de rebajas a muy buen precio y qué... importaba si me apretaba un poquitín, eran preciosos y seguro que encontraba el día para usarlos) sólo tuve que moverme un poco para que mi culo quedase en pompa.

Me abrí lo más que pude sin perder el equilibrio o sin sentir como si me tirasen (sí, debo hacer deporte, no tengo flexibilidad....) y jadeé:

—¡Ahora!—mi voz era exigente—, tampoco puedo esperar, te quiero ahora, duro y fuerte, que te corras dentro.

—Joder Naty.

Ese joder no sé si era qué no estaba muy conforme con mis palabras o qué le había excitado más, por suerte no tuve que comerme el coco porque escuché como se bajaba los pantalones y me penetraba sin miramientos, sin detenerse ni un segundo, llenándome hasta el fondo.

Me moví más hacia atrás, lo quería todo, lo quería todo dentro de mí.

—Oh, sí, si, si, más, más.

Gemí moviéndome hacia atrás y hacia delante, quería que comenzara a penetrarme con fuerza, a poseerme, a marcarme como él sólo podía hacerlo, que pasara como ocurre en las novelas, que el mundo explotara para los dos cuando la sangre se arremolinase en mis venas y ardiera quemándome como la lava fluyendo de pies a cabeza.

—Joder nena, joder—bien, debo regalarle algún libro para que

amplíe su vocabulario, y eso que estudió Letras..., que estudió Derecho.

Me sujeta con fuerza la cadera y se movió, delante, detrás, enterrándose sin miramientos, sin darme opción a moverme, a escapar.

En la cocina, con el ruido de la maldita nevera de fondo, sólo se escuchaban nuestros jadeos, y como entraba y salía de mi cuerpo, un sonido que para mí, sonó a gloria.

Noté como una de sus manos abandonaba mi cadera y se dirigía hacia mi coño.

Él se tendió sobre mí para poder tocarme, para poder masturbarme mientras seguía introduciéndose, mientras me penetraba con una fuerza, con una energía que desmentía que llegara reventado a casa.

Aquel era el Mario que hacía tiempo que quería sentir, ver, el que era capaz de conseguir que me derritiera el que conseguía que pudiese sentirlo completamente dentro de mí, que me provocaba un calor, un fuego que me consumía, que me volvía loca.

—Dios, sí, sí, más, más—gemí sin control cuando comenzó a acariciarme el clítoris sin dejar de penetrarme, al estar acariciándome las penetraciones eran más profundas, más lentas, consiguiendo que jadeara en alto y el corazón me bombease contra el pecho a un ritmo alocado.

—Así nena, así, qué caliente estás hoy, qué mojada.

—Porque te deseo mucho, sólo a ti—bien, no sé que debí de decir que él dejó de acariciarme y comenzó a poseerme con más

fuerza. Ya tenía marcas en los brazos de la mesa, pero por nada del mundo iba a moverme.

Cerré los ojos y sólo quise sentir, sin importarme que los vecinos me escuchasen gemir en la cocina, sin importar que las servilletas habían caído al suelo y que si seguía así iba hasta tirar el frutero, sin importarme que estaba la luz encendida y me está viendo sin medias tintas, completamente.

Sólo quería sentirle, como me golpeaba dentro, como me llenaba completamente, como me ensanchaba cada vez que se sumergía dentro de mí, como sonaba nuestra unión.

Intenté seguirle el ritmo, pero apenas podía moverme, apenas podía echarme hacia atrás buscando una mayor penetración, una unión completa, liberé un brazo y comencé a acariciarme yo misma.

Lentamente, en círculos, con rapidez, según el cuerpo me lo pidiese. Ya estaba más que mojada, mis dedos se deslizaban sin problemas sobre aquella protuberancia rojiza, sobre aquel montículo que conseguía que viésemos la luz y más allá, sobre mi clitoris.

El calor se hizo insoportable, podía sentir un hormigueo a la altura de mi ingle, dentro de mí, un cosquilleo que amenazaba con expandirse.

—Oh, Dios, oh, Dios, sigue, sigue, más fuerte, sí, sí.

No quería que parase por nada del mundo, si paraba lo mataba. Estaba a un paso de saborear el orgasmo, a un paso de explotar en miles de pedazos, de sentir que el calor me abrasaba por dentro, que mis células se expandían y regresaban a su tamaño, una sensación

que duraba apenas unos segundos pero que te producía una calma, una paz que duraba horas, días.

Si que comprendía el dicho de.... el pariente no le da lo que quiere, o el... lo que necesita es que la follen por su cara de amargada.

Bien...tuve esa cara durante semanas, pero aquel viernes, aquella noche....

Me movía sin control, quería más, ya podía sentirle muy dentro, golpeándome en el cuello del útero (vale, no estudié medicina pero creo que se llama así), bombeando con una fuerza y sin control, como una bestia salvaje que había perdido el rumbo, que sólo ansiaba liberarse, alcanzar una meta que en segundos creo que los dos íbamos a llegar.

En las novelas los dos llegaban al mismo tiempo, en mi vida real, o yo llegaba antes y él me seguía o él llegaba antes y me quedaba con las ganas de más, o acaba tocándome para que pudiese llegar, o era yo la que me tocaba sin pudor porque no me iba a acostar con las ganas, según el día.

—Joder Naty, voy a correrme.

Ya perdí las veces que había dicho joder, pero lo que no quería por nada del mundo era que se corriese ahora, me faltaba poco, muy poco y JODER que iba a correrme.

—Aún no, espera.

—Joder, no voy a poder mucho.

—Pues calla y fóllame, que estoy a punto de correrme—le respondí de mala gana. Que no era un muchacho , coño, algo podría



esperar, si no le tocaría lamirme o tocarme bien a fondo para que no me quedase fría como un pez y él tan feliz como una sardina.

Vale...se nota que mis neuronas están bailando, ¿no? porque ni sé que digo, sólo que....

Sus embestidas se hicieron más lentas, más profundas, de nuevo se echó hacia delante y me tocó, apartándome la mano, me tocó con dureza, presionando sus dedos sobre mi hinchado clítoris, pellizcándomelo.

Jadeo. No puedo evitarlo. Me gusta.

—Oh, si, oh si...Mario más, más no pares.

Sus dedos siguieron tocándome, pellizcándome, dibujando círculos profundos sobre mi clítoris provocándome un intenso placer que estaba a punto de....

Me tensé y no pude evitar gritar.

El mundo explotó a mí alrededor.

Me corrí.

El calor se extendió desde mi vientre a todas partes, en todas direcciones, pude ver chispitas en mis ojos y eso que los tenía cerrados y pude sentir cómo le apretaba con fuerza, cómo le envolvía la polla con gula, deseando que ahora fuese él el que me siguiese.

No tardó en hacerlo, me soltó al notar como mi cuerpo se quedaba laxo y apoyó sus manos en mi cadera, me penetró con fuerza, dos veces, otra más y....

Se corrió, inundándome por dentro, llenándome con su leche como le dije (chicas tengo el DIU, que por el momento no está el patio

como para ir por un bebé).

—Oh, Dios —murmuré luciendo una sonrisa de pura felicidad.

¡Lo que había esperado por ese momento de dicha!, por ese instante en que nuestros cuerpos están unidos, en que hemos sido uno y los dos hemos dado placer al otro.

Puede que me llamen egoísta pero creo que el sexo es esencial en una relación, que el placer que puedes darle a tu pareja es un regalo que no deberíamos de olvidar de dar, al igual que ansiamos que nos lo devuelvan, que nos mimen, que nos llenen de besos, de caricias, pero también que nos tomen con pasión, mostrándonos que les volvemos locos.

Oleeeeeeeeeeeeeeeeeee Mario.

Todas juntas. Pero sin tocar, ni ver ni nada eh, que Mario es SÓLO MÍO.

Oleeeeeeeeeeeeeeeeeee Mario, que esa noche los dos somos los dioses del sexo.

Esa noche los dos habíamos gozado, disfrutado, gemido, sudado, y ante todo nos habíamos unido más, saboreando el orgasmo, pudiendo sentir el cuerpo del otro, disfrutando de su placer tanto o más que el tuyo propio.

Oleeeeeeeeeee Mario, ya no te corto los huevos.

Él se separó y escuché cómo se subía el pantalón. Por mi parte, necesité unos segundos para recomponerme, estaba medio acostada sobre la mesa de la cocina, sin respiración, temblorosa y sintiendo como la humedad, como el semen de Mario entremezclado con mis

jugos se escurría entre mis piernas.

—Esto ha sido...espectacular.

Mario se rió a mis espaldas.

—Aiiiiiii Naty que siempre me sorprendes.

Me giré un poco y le sonreí.

—Espero que para bien.

Él me acarició las nalgas, mirándome con las cejas alzadas.

—Para muy bien.

Esta vez la que se echó a reír fui yo. Me levanté y le di un beso. Ya iría después a recoger mis destrozadas bragas, y el sujetador.

—Me alegro, Mario. Te quiero.

—Yo también, nena.

Pasé por su lado para lavarme un poco, y ponerme el pijama, cuando él me sujetó del brazo.

—¿Pero qué?—pregunté sorprendida.

—¿No me dijiste que querías que te follara toda la noche?  
¿Acaso no vas a cumplir con tu palabra?

Me puse roja de la vergüenza. Una cosa era decir algo guarro y otra mirarle a la cara después del subidón.

Pero sí, quería más.... Quería....

—¿Qué te parece que esta vez lo hagamos en el sofá? Así podrás estar tú encima.

Me dijo, sorprendiéndome. Me eché a reír y me solté, saliendo corriendo hacia el sofá, antes de entrar en el salón, me atrapó y me

levantó en el aire, besándome en el cuello antes de mordirme un poco.

—No dudes que me vuelves loco, nena—me dijo nada más abandonar mi sensible cuello.

Le miré y asentí con la cabeza.

—Lo sé, pero me gustaría que me lo mostraras más.

Esta vez fue él quien asintió.

—Bueno mi diosa del sexo, ¿a que esperas para tumbarte en el sofá para un segundo round?

Me quité los zapatos y le miré con una ceja levantada.

—Oh, ¿pero no iba a estar yo arriba esta vez?

De nuevo las carcajadas de mi Mario se escucharon por todo el piso (valeeeeeee, no es muy grande pero es nuestro).

Valió la pena la espera.

Sexy o tan sexy..... sii

Segundo round.

El sofá....

Y más tarde...cuando estuviésemos en cama, le preguntaría por qué no avisó que llegaba tarde, porque cojones llegó tan tarde....

iiiiiiQue no me olvido eh!!!!!





## CAPÍTULO 3

—Oh, ¿pero no iba a estar yo arriba esta vez?

Las carcajadas de Mario fueron la única respuesta que tuve a mi pregunta.

Le miré fijamente, asombrándome que cada día estaba más y más enamorada de aquel hombre, que pese a todos sus fallos, a sus malos días, a las discusiones tontas y no tan tontas que teníamos día sí y día también, le amaba con locura.

Era el hombre de mi vida.

Valeeeeeeee me diréis que leo demasiada novela romántica (nunca es demasiado, cada mes debo comprar de tres a seis novelas, leer es una pasión y las lectoras de romántica los coleccionamos, ¡que es cultura, eh!), pero así lo siento.

Le quiero, y aquella noche le deseo con una pasión que me abrasa desde dentro.

Sin dejar de mirarle me quito el camisón quedando completamente desnuda ante él, lo dejo caer al suelo junto a los taconazos.

Eché hacia atrás los hombros y espero a que me diga algo. Son seis años a su lado pero aún me pongo nerviosa cuando me ve desnuda.

—Al sofá, ¡ahora!—bien, sonrío al notar la urgencia en su voz y al ver que comienza a revivir su GRAN MARIO.

¡¡¡Esta noche promete, chicas!!!

Con gestos sensuales y felinos, o al menos eso espero que parezcan así, me tumbo boca arriba en el sofá y entreabro las piernas. Estoy húmeda, resbaladiza, caliente, hinchada, y deseosa de un segundo round.

Mario se me queda mirando fijamente, sus ojos me acarician (bueno no literalmente porque es imposible, pero me mira con una intensidad que no deja nada a la imaginación) desde mis pechos, mi vientre, mi....

Me remuevo un poco al verle mirar a un punto entre mis piernas.

Con una sonrisa abierta me arqueo un poco (no puedo más que como ya sabéis no tengo la flexibilidad de una gimnasta artística...más bien de un cáñamo verde) y entreabro más las piernas.

—¿No íbamos a tener un segundo round?—me gustaría aprender poner voz sexy, pero al menos no sonó como el croar de una rana.

Mario sigue de pie ante el sofá, mirándome con los ojos abiertos como platos, los labios entreabiertos, y una mano tocándose el paquete con descuido, como si fuese algo que no se percatase que estaba haciendo.

Como aquella noche ella era la diosa del sexo iba a tomar la iniciativa.

—¿Quieres que me toque un poquito?



Vale, le debí asustar por...tercera, cuarto...bueno perdí la cuenta, de aquella noche. Mario se atragantó y me miró a los ojos.

—¿Tocarte?

Bien, además de regalarle alguna novela para que ampliase su vocabulario tendría que pedirle cita al otorrino.

—Sí, tocarme, masturbarme para ti, ¿quieres o no quieres?

Mario jadeó en alto y se tocó ahora sí sin miramientos, evidenciando que le estaba poniendo mis palabras.

—Sí, joder, tócate para mí.

Sonreí abiertamente y deslicé mis manos por mis pechos, tocándomelos un poquito, logrando que mis pezones se erizasen. Los tireneé y gemí en alto, cerrando los ojos unos momentos. Los pechos no los tenía muy sensibles, pero los pezones sí. Me gustaba mucho cuando me los lamía, cuando me los mordisqueaba y tireneaba.

—Oh, joder nena, cómo me pones.

Abrí los ojos y vi que se había abierto el pantalón y se estaba tocando su GRAN MARIO, mirándome fijamente.

¡Un punto para mí!

—Tú sí que me pones, Mario—seguí deslizando mis manos por mi vientre sin detenerme hasta llegar a un punto en el que estaba dolorida y un poco sensible. Hundí tres dedos dentro de mi coño y los moví, fuera adentro, un par de veces, elevando mi culo para sentirlos más adentro, buscando tocar un punto que me volvía loca.

—¡Oh, joder!

Abrí los ojos.

Mario estaba tocándose sin pudor. Arriba abajo, su mano cubriendo la base de su polla y apretándola cuando se movía para abarcarla completamente hasta tocar su glande. Era súper erótico ver cómo se estaba tocando, como se masturbaba, dándose placer.

—Oh, Dios Mario, tú si que me pones—saqué los dedos de mi interior y se los mostré—. Mira qué mojada estoy, y todo es por ti.

La mano con la que se estaba dando placer quedó parada en medio de su hinchada y gruesa polla, tragó saliva y se lamió los labios, era evidente que estaba más que excitado, con la respiración agitada, los ojos llameantes y la mirada clavada en mis dedos.

—Dios Naty si no te la meto ahora, estallo.

Pero qué lindo es mi Mario cuando quiere, escucharle decir eso me gustó muchísimo, poder ver cómo le seguía afectando aún después de seis años a mi lado, aún después de seis años y cinco kilos más, unas cuantas arrugas y unas malditas canas que ya me encargaría de tapar cuando comprase el tinte en oferta (que los precios de las peluquerías subieron muchísimo y antes de gastar 30 euros en teñirme prefiero comprar dos buenas novelas).

Abrí más las piernas, hasta el tope que me permitía mi escasa flexibilidad y elevé el culito un poquito, contoneándome sobre el sofá en el que estaba tumbada.

—La que voy a estallar si no me la metes ahora soy yo, Mario. Te quiero ya, empujando fuerte, aplastándome contra el sofá, quiero que...

De nuevo Mario me dejó con la palabra en la boca, se lanzó sobre mí y se posicionó de rodillas entre mis piernas. Se agarró la polla

con la mano derecha y la colocó en mi húmeda y ansiosa entrada, de un sólo empujón se sumergió en mi interior, llenándome por completo.

Cerré los ojos y jadeé en alto.

¡Oh, Dios! ¡Cómo me gustaba sentirle dentro! Sentir cómo me llenaba, como me ensanchaba con su dura y gruesa polla.

Cuando comenzó a moverse no pude reprimir mis gemidos.

Puro placer.

Aún estaba sensible de lo que sucedió en la cocina y con cada estocada mi interior ardía, temblaba y le apretaba con fuerza, ansiando más.

Deseándolo todo.

La que voy a estallar si no me la metes ahora soy yo, Mario. Te quiero ya, empujando fuerte, aplastándome contra el sofá, quiero que...

—Oh, Dios, oh, Dios—gemí sin poder contenerme.

El placer me inundaba por completo, recorriéndome el cuerpo velozmente, provocando que se me agitase la respiración y los latidos de mi corazón.

Después de tanto tiempo en sequía, me sentía de nuevo deseada, extasiada, convirtiéndome en adicta al sabor de Mario, a sus embistes, a su fuerza, a sentirlo dentro de mí.

—Joder Naty—gruñó Mario sin dejar de bombear. No se controlaba, entraba y salía de mi interior con fuerza, llegando a rozarme un punto dentro de mí que me hacía sentir placer y un poco de dolor a partes iguales.

Lo sentía muy adentro, llenándome por completo, estirándome

con su gran y gruesa polla a un paso de romperme de nuevo, de hacerme sentir un placer tan intenso que me reduciría a un estado tembloroso y jadeante, luciendo eso sí, una sonrisa satisfecha.

Cerré los ojos y me dejé llevar, escuchando de fondo mis jadeos y los gruñidos de Mario junto con el resbaladizo sonido de su polla al entrar y al salir de mi interior. Le arañé la espalda, abrazándole con fuerza, y gemí hondamente sin poder controlarme, moviéndome hacia arriba para buscar mayor contacto, para sentirlo más adentro.

Quería.... Más fuerte, lo quería todo.

—Más fuerte, más fuerte —gemí con voz temblorosa, a punto de romperme.

—Oh, Dios Naty —masculló Mario obedeciéndome, hundiéndose con más intensidad, sujetándome la cadera para que no pudiese escaparme ni un milímetro, para que tuviese que aceptarle por completo.

Esa es mi frase, Mario. Pensé en medio de la niebla de placer y pura agonía que estaba saboreando. Estaba a punto, mi cuerpo estaba a un paso de romperse, de estallar en miles de pedazos, de convertirme en una gelatina humana con pelos de loca y...

—¡OH, DIOS MÍO! —grité, saboreando un bestial ORGASMO.

Estaba exhausta, completamente saciada, temblorosa, jadeante, con el corazón bombeando con fuerza contra mi pecho, retumbando sus alocados latidos en mis oídos.

Era cierta la expresión que el mundo se rompía cuando llegabas al éxtasis, porque lo único que aún me mantenía en "modo ON" era

sentir las erráticas penetraciones de Mario, antes de que éste estallase y se corriese en mi interior inundándome con su simiente.

Si no fuese por Mario habría acabado en el suelo, de rodillas, de cara, de culo, vamos que me habría escurrido del sofá al suelo. Con la humedad escurriéndose entre mis piernas, las mejillas enrojecidas, los ojos vidriosos y luciendo una sonrisa de satisfacción, que hacía tiempo que no mostraba.

El sexo era fundamental para la pareja, y nunca me cansaré de decirlo, porque era verdad.

El sexo era algo que nos unía, que nos conectaba, que nos alejaba de la dura realidad, de la crisis.

Gracias al sexo sólo existíamos los dos, besándonos, acariciándonos, chupándonos, dándonos placer, hasta que el mundo estallase y la crisis, la falta de dinero, la hipoteca, las personas tóxicas, etc... se iban a la mierda.

Mario se separó y me ayudó a acostarme en el sofá. Luego se acostó a mi lado y me abrazó en silencio. Estaba completamente desnuda en brazos del hombre que amaba y me sentía la mujer más hermosa del mundo. Aquella noche había pasado de ser Naty la frustrada sexualmente, a la DIOSA DEL SEXO, y todo por romper la barrera de la vergüenza y lanzarme de cabeza a pedirle a Mario lo que deseaba.

—Que no se te suba a la cabeza, Mario, pero esto ha sido...espectacular. Deberíamos repetir...

Mario rompió a reír y me abrazó con fuerza. Estaba acostado a mi

espalda, con un brazo sobre mi cintura y el otro acomodándome mi cabeza. Podía sentir sus agitados latidos a través de la fina camisa.

NOTAMENTAL: para otra vez, él desnudo, yo vestida. No era justo que siempre era yo la que acabase desnuda a su merced, para otro día le ataría a una silla, a la cama, le desnudaría por completo y le torturaría con mis besos, con mis caricias, le chuparía hasta que estuviese a punto de correrse para luego separarme y montarle duramente, moverme encima de él, sintiéndole muy adentro hasta que los dos estallásemos en el fuego de la pasión.

—Por mucho que me tienes, Naty, no podría repetir en estos momentos, me has exprimido.

Me volví y le abracé. Antes de responderle le di un beso, jugueteando con su lengua unos segundos, volviendo a sentir el fuego que ardía en mi interior cuando Mario me tocaba, cuando me acariciaba o me incitaba con sus ardientes miradas.

—No te preocupes Mario, esta noche ha sido espectacular.

Pude sentir como se infló de orgullo. De vez en cuando no era malo recordarle que me volvía loca con sus besos, con sus caricias, que me daba mucho placer cuando hacíamos el amor.

Me estaba comenzando a quedar dormida, abrazada a él, sintiendo como me acariciaba la espalda con suavidad, cuando me acordé de algo muy importante y que no iba a dejar pasar por mucho que esa noche mi maridín me hubiese conducido al paraíso un par de veces (wuooooo que bien me quedó esta frase, debo anotarla).

—Por cierto, ¿por qué demonios tardaste tanto?

Mario me miró a los ojos, visiblemente sorprendido.

—Naty, llamé antes pero me saltó el contestador. Te dejé un mensaje.

Estuve tentado a levantarme del sofá, ir al extremo del salón en el que estaba el teléfono fijo y escuchar el mensaje, pero en lugar de eso, le pedí que me explicara qué le sucedió para que llegara dos horas tarde.

—Una de las ruedas de atrás se desinfló.

—¿Se pinchó? —pregunté con sorpresa, hacía poco que el coche había pasado la ITV.

—Tal vez—me respondió, sin dejar de acariciarme—, por eso tardé, tuve que colocarle la rueda de repuesto y mañana pasaré por el concesionario para que me cambien las cuatro ruedas, en la ITV me dijeron que estaban un poco desgatadas, es mejor que las cambie.

Le apretó con fuerza y le di varios besos por la cara.

—Sí, será lo mejor, el coche es peligroso. Y si te sucede algo...— no pude continuar, la voz se me quebró, no podía imaginar un futuro sin Mario, no quería, me negaba, lo amaba, quería envejecer a su lado, viendo crecer a nuestros hijos a nuestros nietos.

Mario me besó antes de responder:

—No te preocupes tanto Naty, el coche no es peligroso, además nunca sobrepasó la velocidad máxima. Siempre voy seguro.

Dispuesta a cambiar de tema, pues no quería sonar como mamá gallina preocupada por si tenía un accidente de coche o no, sonreí y le murmuré:

—Así me gusta nene. Además,... —comencé a acariciarle el pecho dibujando circulitos por encima de la tela—. No quiero que abolles el coche que tan buenos momentos nos ha dado. ¿Te acuerdas de cuando me llevabas a las afueras con la excusa de ver las estrellas del cielo?

—Claro que me acuerdo, que buenos recuerdos. Como me ponías Naty.

Naty sonrió. Aquellos días habían sido buenos, en los que acudía nerviosa cada noche al encuentro de Mario, quien la recibía con una sonrisa y una sorpresa. Un día era una rosa que robó del parque, otro un colgante que compró en una joyería que le llamó la atención, o una bolsita de chuches de esas que sabía que adoraba. Eran recuerdos que atesoraba con cariño en su memoria. Noches en las que acudía a las citas con nerviosismo y acababa compartiendo horas de pasión con el hombre de su vida.

—Deberíamos repetir —Mario alzó las cejas con sorpresa ante su picante propuesta—. Ir una noche al campo en el coche y hacer “cositas”, podríamos jugar a los médicos.

Mario soltó una carcajada antes de responder:

—De verdad que estás que no te reconozco, ¿no eras tú la que me decías que el coche te imponía y que eras incapaz de concentrarte al pensar que alguien nos podía estar mirando?

Me sonrojé.

Estoy segura que fue así, claro que recordaba esas palabras, se las dije cuando comenzamos la convivencia en un piso de alquiler,



pues no comprendía como él quería ir al campo cuando podíamos mantener relaciones en una cama blandita al refugio del hogar. Pero ahora... la idea de follar al aire libre le atraía muchísimo, y si alguien miraba...con tal de que no sacara fotos o videos poco le importaba, quería experimentar cosas nuevas con Mario, y ya buscarían el lugar y la hora para que no tuviesen testigos incómodos en sus encuentros sexuales.

—Pero con los años cambiamos y la verdad es que me atrae mucho la idea de quedar una noche contigo en un descampado y dejar que nuestras hormonas se descontrolen un poco —le susurro al oído, luchando contra la tentación de morderle, en esos momentos no quería iniciar otra sesión de sexo, quería mantener una caliente conversación con Mario—. Quiero meterte mano, tocarte hasta que te corras en mis manos.

—De nuevo no sé que te pasa.

Le miré a los ojos, dudando un poco. Igual me estaba pasando. Igual Mario no aceptaba que le hablara de aquella manera, que expresara libremente lo que deseaba hacerle, lo que quería que me hiciese.

—¿No te gusta lo que te digo? —le pregunté finalmente, esperando con ansiedad su respuesta.

Mario hizo una mueca de burla al tiempo en que se apretaba contra mí, pude notar que estaba duro, como muchos dirían palote perdido. Me sorprendió, tres en una noche, ya era un record que hacía tiempo que no llegaba a rozar. La pasión de los primeros años se

esfumó sobre todo cuando el peso de la hipoteca y los gastos de la casa nos acompañaban cada noche a la cama.

—¿Esto responde a tu pregunta?

Sonreí abiertamente. Sí, sí que lo respondía.

Me gustaba provocarle, ser la causante de su actual estado, ver que podía ponerle aún a pesar de los años, de los kilos que gané, de la carga del trabajo o la falta de él y de la hipoteca que pendía sobre sus cabezas como una guillotina maldita que en cualquier momento podían seccionar sus vidas.

—Sí que la responde. Te quiero Mario, ¿lo sabes no?

—Claro que lo sé, hermosa. —estuve a punto de reír al escuchar la palabra hermosa. Tal vez no hacía falta que le diera un listado con palabras cariñosas, él mismo estaba ampliando su gama de piropos con la práctica....Mmmm dichosa práctica, cómo me gusta estos minutos en sus brazos, en los que me siento la mujer más afortunada del mundo.

El beso que nos dimos duró minutos en los que el mundo dejó de existir a nuestro alrededor, en el que sólo nos sentíamos, en el que nuestras manos, nuestros labios se buscaban reconociendo el olor, el sabor del otro.

Un beso en el que mostramos lo que sentíamos con sencillez, con suavidad, con años de práctica en lo que le gustaba al otro.

Aquel día se había vuelto luminoso, e iba a hacer todo lo posible para alargar aquella dicha. Sí, señor, lo iba a hacer.

Iba a cumplir todas mis fantasías sexuales, no iba a reprimirme

por los kilos de más, por la celulitis, por pensar que él no me veía tan hermosa como antes, iba a lanzarse a la aventura de cabeza dispuesta a disfrutar de cada minuto al lado de él.

NOTA MENTAL: anotar todas las fantasías en un papel y cumplirlas una a una....

En el baño.

En un ascensor.

En su despacho.

En el coche.

En el probador de un centro comercial.

En el.....

Sonreí abiertamente al ver que el comenzaba a acariciarme de una manera que tan bien conocía, quería calentarme, ponerme a mil antes de llevarme a su campo, a donde él quería. Lo que no tenía ni idea era que ya estaba donde YO quería, a un paso de volver a regalarme otro GRAN ORGASMO made in Mario.

Aquella noche aún no había acabado, esperaba disfrutar de otro round en la cama y tal vez a primeras horas de la mañana antes de que se fuera al concesionario para cambiar las ruedas. Pero no podía dejar de pensar en lo que deseaba hacer, en lo que deseaba disfrutar a su lado.

Cumpliría mis más oscuras y secretas fantasías con mi Mario, costase lo que costase.

Lucharía contra la vergüenza, contra los nervios, pero las cumpliría.

Toda mujer debería anotar lo que deseaba y poder luchar por conseguirlo.

¿Por qué se iba a ir al otro barrio sin follar con su marido en el probador de un centro comercial?

Pero aquello....

Sería otro día.

Mientras.....

Oh, sexy, chica sexy.....

Oleeeeeeeeeeeeeee Naty, lo has conseguido.

Un punto para mí.

Mario me tocó entre mis piernas, rozándome el clitoris.

Jadeé en alto.

Oleeeeeeeeeeeeeee Mario. Que toque tienes, nene.

Cuando comenzó a mover su mano, a masturbarme, a tocarme de una manera que me volvía loca....

Cerré los ojos y me apoyé contra su pecho, sin dejar de jadear.

Mmmmm Mario....

Jadeé sin restricción, mordisqueándome los labios al darme cuenta que estaba provocando un escándalo que bien merecía una reprimenda de mis vecinos de arriba y de abajo.

Moví mi cadera hacia delante, entreabriendo más las piernas. Podía sentir sus dedos sobre mí, dibujando círculos, pellizcándome,

apretando el tembloroso botón hacia dentro, tironeándole hacia fuera, una continua danza con sus dedos que me estaba volviendo loca.

—Mirame a los ojos Naty, quiero verte cuando te corras—hice lo que me pidió. Abrí los ojos y le directamente a los suyos. Compartiendo una intimidad que ninguno de los dos quería que se acabara.

Su mano se movía erráticamente, acariciándome de arriba abajo, abandonando por unos segundos mi clitoris para luego volver a atacarlo.

Luché contra las ganas de cerrar los ojos, de abandonarme al placer cerrándolos, acostumbrada a esconderme en la oscuridad para saborearme más intensamente el puro deseo, el fuego que ardía y estallaba en mi interior.

Luché y...

Vencí.

Cuando llegué al orgasmo, sorprendiéndome por la rapidez en la que llegué, le estaba mirando a los ojos.

—Tan hermosa—su voz era un susurro ronco, que me arrulló, que me transportó a un mundo en el que los dos eran los absolutos protagonistas de una historia de amor. Un amor real, con sus más y sus menos, pero que cada día me hacía levantarme con una sonrisa.

Me lancé hacia delante y le abracé con fuerza.

—Aiiiiiii Mario, no sabes cuánto te quiero.

Y de lo que te has librado.

Pues....

Esta noche no te corto los huevos.

Pude sentir su mirada de sorpresa y de curiosidad cuando me eché a reír en su cara. Por nada del mundo le iba a confesar que llevaba todo el día, toda la noche pensando en mil y una maneras de cortárselos primero por no tener sexo y segundo por llegar tarde a casa.

Había cosas que era mejor que tu pareja no supiese...

—Naty mira que estás...

—Lo sé, lo sé, estoy rara, pero antes de que te lías a interrogarme, como puedes ver no estoy con la regla y...—le toqué por encima del pantalón el paquete. Estaba descansado, para nada estaba duro, pero por intentarlo no iba a perder nada, pues como se dice el NO ya lo tenía —. ¿Qué te parece si vamos a la cama, dormimos un poquito y me sorprendes con otro...round sexual?

—¿Round sexual? —repitió con sorpresa, antes de echarse a reír—. Me parece bien Naty, pero antes me gustaría cenar un poco, ducharme y descansar en el sofá que llevo un día horrible en la oficina.

Puse unos puchereros que para nada tuvieron efecto.

—No me mires así Naty, que no eres el gato con botas, no te queda hacer ojitos.

Con una sonrisa abierta, me moví por el sofá y me senté encima de él, con un golpe seco, le di una cachetada encima del paquete, no suficiente fuerte como para hacerle daño.

—No, acabo de darme cuenta que lo que te pone es que te hable sucio, que te describa lo que quiero que me hagas lo que voy a hacerte, tomo nota Mario.

Me moví un poco, balanceando la cadera, como si estuviese dibujando círculos semi perfectos encima de él.

Pude escuchar cómo gruñó y sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Pero como dices, tienes que cenar, ducharte y ver un poquito la tele—cuando me levanté vi que estuvo a punto de agarrarme para mantenerme encima de él. Le golpeé las manos y le sonreí de manera pícara, como una niña traviesa a punto de hacer una trastada—.Pero no dudes que en la cama quiero más. Ahora vete a ducharte superman, mientras te recaliento las lentejas del mediodía.

Sin más me fui al cuarto a ponerme el pijama antes de irme a la cocina, cuando pasé por su lado, ya que él se iba a duchar al baño principal que estaba al lado del dormitorio, me dio una cachetada en el culo.

—Desvergonzada.

La que se rió esta vez fui yo.

Sí, aquella noche fui una desvergonzada, una diosa del sexo, pero...

Que bien sentía.

Con un contoneo sexy fui silbando hacia la cocina.

Estaba de buen humor, con ganas de más, pero como bien indicó Mario, podíamos esperar. Teníamos toda una vida por delante y aquella noche fue sólo el principio del listado de las fantasías que iba a cumplir con su marido.

Sí o sí.

Para otro día...Más...Mucho más...

Nos leemos chicas...Ya os iré contando...Espero que me sigáis en mis aventuras....Recordar chicas... Sexy o tan sexy...Somos las Diosas del sexo!!!!!!



# ADELANTO

DE

## EL LÍMITE DEL DESEO

Azahara Vega

### PRÓLOGO

—¡Eres un desgraciado!

Uziel esquivó el pisapapeles que su ex amante –si la mujer aceptaba finalmente que el encuentro que tuvieron sólo fue un polvo de una noche y no el inicio de un amor para toda la vida– le lanzó y dio otro paso en dirección hacia la puerta. Lo peor de una noche de sexo era cuando llegaba el momento de largarse. Las actuaciones melodramáticas de las humanas eran patéticas y acababan agotándole.

—¡No puedes dejarme!

Estuvo apunto de soltar una carcajada. Si le hubieran dado un dólar cada vez que le habían gritado esa frase llenaría un campo de fútbol con billetes verdes.

Delante de él a unos pasos, una rubia –no recordaba su nombre ni le importaba–, lloraba abiertamente, y le miraba con ojos enrojecidos y suplicantes. Si tuviera conciencia se sentiría un cabrón por abandonarla de aquella manera, pero hacía siglos que no sentía nada.

—Es exactamente lo que estoy haciendo, querida.

La mujer abrió los ojos sorprendida. Su rostro perdió color y se tambaleó como si hubiese perdido el equilibrio.

*Al menos dejó de llorar. No soporto que lloren. Es inútil derramar lágrimas, no conseguirán conmoverme con sus actuaciones de doncellas arruinadas.*

—Fuiste un bocado delicioso pero como te dije, no comparto cama dos veces con la misma mujer.

Esperaba que con aquellas palabras la humana desistiese. Por su experiencia, lo hacían después de gemir, llorar y rebajarse a suplicarle que no las dejara, que era el hombre de sus vidas.

Patéticas actuaciones de mujeres que se obsesionaban con él después de unas horas de sexo.

—Pero pensé que....

Uziel regresó a la realidad y la observó. La anterior noche había acudido a su pub favorito, no buscaba irse con nadie, sólo deseaba emborracharse hasta perder el sentido de la realidad o caer

desmayado sobre la barra. La recolección de almas del mes había sido un auténtico fracaso. Sólo había conseguido corromper a cuatro senadores y a dos médicos, maldiciendo a sus almas al tormento eterno.

Al ver esas cifras tan bajas, sus superiores le dieron un ultimátum. O conseguía un alma que valiese la pena o pasaría una temporada – nada agradable– en el Paraíso, una prisión de alta seguridad ubicada en las entrañas del infierno donde se descubrían nuevas facetas del dolor.

La vida era una puta mierda, y más si eras un demonio devorador de almas MASCULINAS. Si al menos los jefazos le dejaran cambiar de sección y encargarse de recolectar almas de mujeres, sus cuotas estarían cubiertas en tan solo cinco días.

Pero no.

Estaba obligado por contrato a buscar y corromper almas de humanos masculinos, susurrándoles por la noche, persiguiéndoles en sus sueños, apareciendo en sus vidas como un mortal y todo para añadir un nombre a la lista de los condenados al tormento eterno.

—Creí que conmigo sería diferente, que te quedarías a mi lado.

—¿De verdad creíste que conseguirías atraparme con un solo polvo? —rompió a reír al ver la mueca culpable que puso la mujer ante sus palabras. Había dado en el clavo —. ¿Qué te juraría amor eterno? —las carcajadas se calmaron y dieron paso a su amado sarcasmo—. O eres una estúpida zorra o una soñadora sin cerebro, si realmente creíste eso.

El grito que profirió la rubia le rasgó los tímpanos.

—¡Me engañaste!

—No, preciosa, te engañaste tú misma. Cuando te abalanzaste sobre mí en el pub te lo dejé muy claro. Me iría contigo para follar, nada más —otro alarido encolerizado. Ya estaba comenzando a enfadarse. O se callaba o le retorció el pescuezo.

—Pero yo te amo. No permitiré que me abandones. Ningún hombre me ha dejado antes.

Uziel se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez, cielo. Asúmelo y hazte un favor, no te humilles más.

Comenzó a lanzar objetos contra él, desde la lamparilla de noche, hasta la cubitera. Arrojadados con fuerza en un intento de dañarle.

La melodía de su móvil salvó a la mortal de una muerte segura.

—No te vuelvas a cruzar en mi camino, mujer. No golpeo a hembras pero si te vuelvo a ver no responderé —le dejó claro con voz dura, antes de dar media vuelta y salir del dormitorio.

Una vez en el pasillo aceptó la llamada.

—Uziel.

—Por las alas de un ángel, Uziel, ya pensaba que te había secuestrado una horda de vampiresas.

—Casi aciertas, pero no. Tuve un pequeño encontronazo con una mortal ilusa.

Se escucharon unas carcajadas al otro lado de la línea que

interrumpieron la conversación durante unos segundos.

—Me alegro ser tu fuente de diversión, pero si sigues partiéndote el culo de risa, te cuelgo.

Con algo de dificultad, su interlocutor comenzó a toser intentando por todos los medios detener la burbujeante risa.

—¿Para que mierda me llamas a estas horas, Absalón? Hoy es mi día libre.

—No mates al mensajero, amigo mío.

Uziel atravesó el pasillo del motel, concentrándose en la conversación –si se podía llamar así– que mantenía con Absalón, un demonio que conocía desde que era crío y con el que creció y estudió en la Academia. Al contrario que él, Absalón decidió especializarse en Informante, quedando relegado su trabajo a ser un simple oficinista. Era el contacto que mantenía dentro del Infierno con los altos cargos. El encargado de llamarle cuando surgía algún problema o cuando se requería que se concentrase en una misión en especial.

Le apreciaba –después de todo era su único amigo- pero en ocasiones su retorcida manera de ser le exasperaba. Sobre todo cuando su cuota mensual estaba por los suelos y su humor no estaba para burlas.

—Aún no me has dicho nada relevante, Absalón y como has podido comprobar no estoy de humor.

—No hace falta que me lo señales, Uziel. Deberías buscarte otra mujer con la que descargar, en lugar de refunfuñar como un imbécil.

Uziel se detuvo delante del ascensor. Estaba en la planta seis del

motel. Si, de acuerdo que podía fácilmente bajar las seis plantas. Era un demonio inmortal después de todo, ¿pero por que cojones no iba a aprovechar los beneficios del ascensor?

Apretó el botón y se quedó mirando el contador.

0.

—Tomo nota de tu consejo, pero por esta noche, ya he tenido mi ración de sexo.

1.

—Eres un bastardo con suerte, lo sabes ¿no? Al menos tú puedes estar en la Tierra. A los demás nos tocó quemarnos el culo en el Infierno.

2.

Uziel resopló en alto, sin dejar de mirar el número del contador del ascensor, el cual parecía que se movía muy lentamente.

A su alrededor los ruidos de gemidos de los ocupantes de los cuartos de aquella planta le estaban poniendo nervioso, excitándole. En ocasiones como aquella se maldecía por no haber prestado atención en las clases de “cómo cerrar tu mente y disminuir tus sentidos” que cursó en la Academia. Por desgracia su oído era más fino que el de un humano y podía oír con claridad cada gemido, cada ruido de colchón, cada roce.

3.

—Te jodes, Absalón. Ya te dije que eres un imbécil si elegías quedarte en una oficina en lugar de venir a la Tierra.

—Paraíso —contestó sencillamente Absalón—. ¿Te suena de

algo ese nombre?

Uziel sonrió de lado. Cómo no le iba a sonar, si recibía amenazas constantes con visitarla y convertirse en un residente temporal de esa “adorada” institución.

4.

—Si deseas algo debes pagar un precio para conseguirlo, Absalón.

—No tengo tu fortaleza, Uziel. No aguantaría la presión de llenar una cuota de almas. Prefiero...

Uziel le interrumpió.

—Prefieres pudrirte en el Infierno, sin saborear nunca la libertad que tenemos los que estamos en la Tierra. Es tu elección, amigo. Pero no me sueltes el rollo de “pobre de mí y que suerte tienes tú” cada vez que te convenga.

Se escuchó un golpe seguido de un quejido, como si Absalón le hubiera golpeado a algo.

5.

—Estoy a punto de entrar en un ascensor y sabes que la cobertura se irá a la mierda. Además sólo tengo ganas de regresar a casa y tomarme una cerveza antes de dormir lo que queda de noche. Suelta de una vez lo que tengas que decirme.

—No me explico cómo puedes entrar en esas cajas. Oí decir que se sujetan por tres cables.

Uziel cambió el móvil de mano.

—No es como si pudiese morirme si se rompen los cables,

Absalón. Y no veas lo útiles que son los ascensores —*sobre todo si la tía que me tiro esa noche vive en un piso veinte.*

—Si tú lo dices, te creeré.

6.

—Te tengo que dejar, Absalón. Al fin llegó el ascensor.

—¡Ei! Espera que lo que tengo que decirte es importante.

Uziel esperó que se abriesen las puertas antes de cortar la llamada, pero antes de pulsar el botón rojo del aparato le respondió:

—Puedes esperar hasta dentro de una hora, en cuanto llegue a mi apartamento te llamo y me cuentas esa novedad tan importante.

Después de cortar la llamada, Uziel guardó el móvil en uno de los bolsillos del vaquero. En cuanto llegase a su apartamento, el lugar al que llamaba hogar y el cual era su refugio donde nunca llevó a ninguna de las mujeres que conocía por las noches, llamaría a Absalón. Pero antes tendría que salir de aquel lugar y alejarse de los jadeos y los gemidos que estaban volviéndole loco por dentro.

*Ni que no lo hubiese hecho esta noche.* Murmuró para sí mismo en su mente, molesto por el creciente bulto que apretaba contra la dura tela del vaquero.

—Si no eres mío no serás de nadie.

Uziel se giró de golpe al reconocer la voz. Tal y como supuso la mujer que dejó en el cuarto estaba ante él, apuntándole con un arma.

—Si aprietas el gatillo será lo último que hagas en esta vida —le amenazó dispuesto a cumplir su palabra. Si le atacaba acabaría con ella, y llamaría a una de las demonios que se encargaban de



recolectar las almas de las humanas.

La mujer soltó una carcajada carente de emoción. Sus ojos se veían opacados, como si la cordura se hubiera volatilizado de su mente. Estaba desarreglada, con el vestido mal abrochado y no llevaba ni medias ni calzado. El cabello rubio lo llevaba enredado y suelto cubriéndole parte de los hombros. No quedaba nada de la espectacular mujer que lo sedujo en el pub.

—Arrogante hasta el final. ¿Por qué no me amas como te amo yo? Si tan sólo correspondieras mis sentimientos.

Uziel bufó en alto.

¿Amor? Que equivocada estaba. Ella no le amaba.

—Nunca corresponderé a tus sentimientos, ya que no eres más que una loca obsesionada conmigo. Tú no me amas. Me has conocido esta noche y estás encaprichada de mí.

La mujer apretó los dedos, haciendo crujir la goma que protege parte del arma por la fuerza del amarre. Con cada palabra que soltaba la estaba alterando. Pero, joder, su punto fuerte no era dialogar. Él era un recolector de almas, no diplomático.

—Sí que te amo —*Bien por tí*. Pensó Uziel cansado de ser objeto de constantes acosos por parte de humanas como aquella que se quedaban prendados de él después de compartir lecho. Odiaba que se aferraran a él como si fuera su tabla de salvación. Él no era la salvación de nadie, su única misión en la vida era provocar caos y contaminar las almas con la oscuridad que yacía en cada uno de los corazones de los mortales. Ante las siguientes palabras, detuvo las

contemplaciones interiores y se concentró en lo que estaba ocurriendo —. Te vi en el pub muchas veces. Pude ver qué tipo de mujer te gusta. Siempre supe que no las deseabas, que ibas con ella por compasión. Estabas esperándome.

Uziel se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, al lado del control del ascensor, y declaró:

—Ni siquiera habría reparado en ti esta noche si no fuese porque no había ninguna otra mujer disponible con la que irme.

Con el rostro enrojecido como si estuviese a punto de llorar, la mujer respondió con la voz más aguda de lo normal y apuntándole con el arma directamente a la cabeza.

—¡Eso es mentira! Soy hermosa. Ningún hombre puede resistirse a mis encantos.

Uziel rompió a reír. Aquella humana habría sido una diablesa fabulosa. Orgullosa. Con el coraje suficiente como para amenazar a otra persona con un arma. Egoísta. Dispuesta a todo con tal de conseguir lo que le obsesionaba.

Pero para su desgracia, no era más que una mortal más.

—Tienes el ego muy crecido, humana. Pero son ciertas, cada una mis palabras. Puede que seas mona, pero no diría que eres hermosa. Como tú hay cientos de mujeres.

No debía haberla provocado.

Un humano no puede acabar con la vida de un demonio, después de todo los demonios son criaturas inmortales. Pero si podían causarles daños graves, que les inmovilizarían y les impedirían

contraatacar, quedando indefensos contra los agresores.

Aquella mujer, con el corazón roto por sus palabras, despechada y con una insana obsesión hacia él, consiguió lo que muchos cazadores humanos deseaban: le tomó por sorpresa al comenzar a disparar el arma, alcanzándole en la cabeza.

El primer disparo le nubló la vista y le hizo perder el equilibrio quedando tirado en el suelo.

El segundo disparo le hizo probar el sabor amargo de su sangre, al impactar contra su garganta.

El tercer disparo le provocó una fisura en los pulmones y comenzó a respirar con dificultad.

La muy perra usó balas perforantes, unos proyectiles que causaban un daño irreparable en los humanos, y en su cuerpo....tardaría unas horas en recuperarse de las heridas.

La cuarta y sucesivas balas, le acribillaron las costillas, le destrozaron los músculos internos del pecho y le hicieron papilla los órganos, en especial el corazón, donde la humana se cebó, vaciando el cargador.

—Si no eres mío, no serás de nadie. Tú me obligaste a matarte.

Aquellas fueron las últimas palabras que escuchó Uziel antes de perderse en la inconsciencia, entrando en un estado de letargo donde su cuerpo comenzaría a acumular energía para reparar los tejidos dañados.

*Yo no te obligué a nada, humana. Tú solita te has condenado, y todo por un sentimiento tan absurdo como el amor. Suerte que los*

*demonios no nos enamoramos. Nunca cometeré una locura semejante. Nunca...*

Su cuerpo quedó inmóvil sobre el suelo de la sexta planta del motel. La sangre que manaba de las múltiples heridas comenzó a encharcarse a su alrededor. La humana se dejó caer al suelo, quedando de rodillas a su lado. Comenzó a sollozar y a murmurar incoherencias meciéndose hacia delante y hacia atrás, dejando caer la pistola vacía al suelo, mientras los inquilinos de las demás habitaciones salían al pasillo para averiguar lo que había sucedido.

—Tú me obligaste. No quería matarte. Tú me obligaste.

## **A LA VENTA EN AMAZON.....**

### **Sinopsis**

Damaris estaba harta de ser el ángel de la Guarda de Uziel. Ciertamente era un mujeriego y un manipulador, pero no era su "agradable" carácter lo que le enfurecía sino que estaba obligada a proteger a un demonio.

Uziel vivía por y para el placer. Su misión era corromper las almas de los hombres para condenarles al Infierno, y de paso librarse de ir al Paraíso –prisión de alta seguridad en medio del Inframundo– si no llegaba al cupo mensual de objetivos cumplidos.

¿Quién le iba a decir que desde el momento en que despertó en la morgue del hospital público, a dos días de Navidad, encontraría la luz que iluminaría su vida?

Un demonio excitado por un ángel, y que luchará por librarse de ir al Paraíso.

Un ángel Guardián que querrá deshacerse de su protegido, ansiosa de tener unas “vacaciones” .

Mientras, a su alrededor, la lucha entre el bien y el mal les salpicará a ambos.

¿El amor les salvará?

¿Y el deseo?

La línea que separa el bien del mal es muy fina, atrévete a traspasarla.

¿De qué lado estarás?



## Agradecimientos de la Autora

Muchas gracias por comprar mi novela y leerla, espero que hayas disfrutado con estos pequeños relatos eróticos. En breve haré un segundo recopilatorio con otros tres más.

Mientras tanto, te recomiendo mi novela El límite del deseo, publicado bajo mi nombre Azahara Vega, una novela intensa, llena de sensualidad, mucha acción y humor.

O si lo prefieres, más erótica con...

Adicción a la soledad, publicada bajo el pseudónimo, Ursula Brennan.

**Este libro se lo dedico a mis lectores, porque sin vosotros, mis historias quedarían olvidadas en un cajón.**

[1]

—————  
Mi corazón.